

II. Reflexiones sobre la estructura social y política de los países más industrializados de América Latina

Fernando Henrique Cardoso

LUIS ECHEVERRÍA

[Con la honrosa presencia del señor embajador de la república hermana del Brasil], tenemos el gusto de recibir en esta serie de seminarios a Fernando Henrique Cardoso, director general del Centro Brasileño de Análisis y Planeación (CEBRA) de Sao Paulo. Como ha ocurrido en ocasiones anteriores, no requiere presentación especial nuestro invitado. Él es compañero y amigo de muchos de ustedes y hemos sido sus asiduos lectores, le hemos visitado con frecuencia, pero si quisiera destacar la especialísima creadora aportación que él ha tenido para explicar cuáles son los fenómenos esenciales que la dependencia en estos países nuestros, que fueron colonias, y que ahora conviven con grandes países industrializados en un mundo intensa y fácilmente intercomunicado, hasta formar intereses y categorías culturales que a veces presentan problemas de difícil solución. Le decía a Cardoso que para nosotros, por convivir con 3 000 km de una frontera muy compleja, con un gran imperio industrial y militar, estos fenómenos son hechos de todos los días, y que por eso tenemos particular interés en conocerlos un poco más a fondo. Aprovecho la oportunidad para decir a ustedes que hemos propiciado un convenio para que veamos el modo de estudiar en detalle cuáles son las mecánicas posibles de una cooperación a nivel cultural entre nuestros dos países, y específicamente entre su

centro y el nuestro, a efecto de acercarnos un poco más a ese gran país que es Brasil, que se encuentra en un período intenso de cambios políticos, sociales y culturales, que es altamente promisorio para toda Sudamérica. Los latinoamericanos estamos todos los días tratando de descubrir nuestro camino, de dar pasos hacia delante, y cuando algo nos detiene o se nos complican las situaciones, debemos enfrentar con valor, para rectificar, como lo estamos haciendo en México continuamente, lo que debemos hacer para construir como quisieron los padres de nuestros países, comunidades donde se cumplan altos destinos humanos, en donde tengan realización los mejores principios. Habíamos propuesto en particular que en escuelas mexicanas hubiera oportunidad para aprender el portugués, y que en escuelas brasileñas se diera también amplia oportunidad para aprender el español, dado el común origen y la semejanza de nuestros idiomas: porque esta América Latina es una y hay como una comunidad de peligros, una comunidad de posibilidades siempre que logremos abatir todo lo que nos ha venido desunido y logremos afirmar todo lo que pueda unirnos. Brasil es un país hermano nuestro, es un gran país de nuestro subcontinente, es un país con sus cambios actuales, mucho habrá de influir, y es símbolo de esperanza para los demócratas de América Latina, aunque los de muchos países no puedan vivir ahora en sus hogares, y por ello nos es particularmente grata la presencia del señor embajador y particularmente grato recibir a Cardoso.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Es realmente para mí una gran satisfacción volver a México, y volver para estar aquí en este Centro, especialmente después de que hemos tenido su grata visita así como de algunos de sus colaboradores a Brasil, donde se dio con mucha fuerza lo que acaba de señalar el licenciado Echeverría. Es decir, de hecho se ha llegado a un momento de la evolución histórico-cultural de nuestros países en Latinoamérica, en el que la misión, yo diría, de algunos países como los nuestros, Brasil y México en

especial, se ha vuelto interactiva, no en un sentido de la geopolítica tradicional, sino en otro que, al poner el énfasis en las grandes transformaciones por las cuales han atravesado esos países, en sus raíces, en sus estructuras en su sociedad como pueblo, permite tal vez transmitir esa experiencia, en primer lugar, entre nuestros países y, en segundo lugar, hacerla llegar al conjunto del continente, buscando una colaboración entre las naciones con base en ciertos principios de igualdad y libertad. Y es en aras de ese espíritu que me parece muy oportuno que se pueda continuar un diálogo, que para mí no ha sido nunca interrumpido con los mexicanos y con los otros latinoamericanos, diálogo que de alguna manera se intensificó, dados los azares de la vida y de la historia, gracias precisamente a un movimiento político en Brasil que obligó a muchos de nosotros a dejar el país. Fue como consecuencia de esa época lamentable, que en muchos países de la región aún no termina, que se ampliaron los lazos de conocimiento y colaboración entre los intelectuales de Latinoamérica. Y la verdad es que desde el año 1964, cuando por primera vez vine a México (yo vivía entonces en Chile), invitado por otro mexicano por quien tengo mucho respeto y afecto, Pablo Casanova, he tenido la oportunidad de regresar al país hasta dos y tres veces al año. Y es que México es hoy, yo diría, lo que fue en el pasado Santiago: una especie de capital cultural de Latinoamérica, una especie de oasis donde toda la gente de distintos países tiene la posibilidad de encontrarse, a veces en situaciones muy peculiares, porque con la dinámica muy rápida de los países nuestros, capas sucesivas de exiliados políticos se localizaron en Chile, y muchas veces sucedía que los que habían expulsado a unos se encontraban con los que habían sido expulsados por ellos; todo eso generaba un ambiente muy vivo de crítica cultural. Pues bien, yo creo que hoy cabe a México asumir las funciones de gran capital de nuestro continente, de capital de la libertad del mismo. Y en ese sentido, me parece que es más que oportuno que se pueda llegar aquí y hacer algunas reflexiones, las cuales voy a hacer inmediatamente para no perder demasiado tiempo en la introducción. Pretendo con tales reflexiones identificar, como los estadounidenses

dirían, *the state of the arts*, es decir, determinar en qué punto estamos en el ámbito social, político y económico en Latinoamérica. Voy a tomarme una cierta libertad, sin embargo. Tengo aquí los apuntes que preparé para hoy, pero quisiera hacer mis reflexiones realmente lo más libres posibles, porque creo que estamos en un momento del desarrollo cultural del continente en que se necesita quizás más el ímpetu de alguna cosa nueva, que propiamente una división, una codificación de la bibliografía ya hecha. No quiero con eso decir que les voy a decir algo necesariamente nuevo, pero quiero, por lo menos, sentirme hermanado con ustedes por el peso de un conocimiento que de alguna manera ya es compartido socialmente por todos. Es en ese sentido que aspiro a lograr una mayor libertad en el modo como voy a llevar la discusión aquí, contrapunteando inclusive entre lo que será, lo que fue, y lo que es la evolución intelectual sobre los temas de la industrialización, del desarrollo de las transformaciones políticas de Latinoamérica y de la manera particular en que han sido percibidos estos problemas en ciertos círculos de nuestro continente. No voy a hacer la historia de las ideas respecto al desarrollo, a la sociedad industrializada en Latinoamérica, pero es conveniente hacer algunas referencias de base. En el caso de mi generación, el modo como enfrentamos el tema de las transformaciones sociales está muy vinculado a una percepción aguda que se tenía entonces de que un esfuerzo enorme tenía que ser emprendido para cambiar las estructuras de los países que están en la periferia del sistema capitalista internacional. Y que ese esfuerzo enorme tenía tres ejes fundamentales: primero, que no se lograría una transformación de base, sino gracias a la industrialización de la periferia del sistema capitalista internacional. Segundo, que esta industrialización no podría darse como si fuera un proceso natural, sino que involucraba una transformación en las relaciones de poder, puesto que había obstáculos, había barreras, que no estaban propiamente involucradas en la naturaleza del proceso técnico de la industrialización, sino en una situación de dominación internacional. Dicho de modo más directo, había que enfrentarse a una relación que se percibía entonces como una relación imperialista,

y había que confrontarse con la oposición de los países centrales, que no eran favorables al desarrollo industrial de la periferia, puesto que los primeros estaban más bien dispuestos a mantener una relación de explotación de materias primas y de productos alimentarios con los segundos. Entonces, por lo menos después de la guerra, y con mucha fuerza a fines de los años cuarentas y comienzos de los cincuentas, la idea de la transformación social era vista inmediatamente como una idea ligada a la industrialización, a la oposición frente a la interferencia imperialista de fuera, de ahí que se necesitara alguna fuerza rectora capaz de producir este cambio. Y esa fuerza rectora; tal como se propuso en la conciencia crítica de Latinoamérica, estaba de alguna manera encauzada en la transformación del Estado nacional. Esta idea aparece nitidamente en las teorías de la CEPAL, y como antes de mí ha hablado aquí el que fue el gran formulador de estas teorías, Raúl Prébisch, no voy a hacer la reseña de cómo se organizó la crítica al pensamiento más clásico, más tradicional, que privilegiaba la idea de la división internacional del trabajo y las teorías de las ventajas comparativas, bases de la no transformación, que aseguraban una posible ventaja siempre y cuando siguiéramos manteniendo las relaciones pretéritas, sin tratar de cambiar hacia lo que no era lo nuestro propiamente, o sea, el mundo de la modernidad, el mundo técnico, el mundo de la situación industrial y urbana. Bueno, esto fue el marco dentro del cual mi generación enfrentó el problema de la transformación de esas sociedades.

En generaciones anteriores la cuestión se había planteado de otro modo, más bien en términos de cómo los países exportadores organizaban un Estado y de cómo ese Estado mantenía una relación de soberanía y de libertad jurídica hacia afuera. No fue así como lo percibimos nosotros. Nosotros somos herederos de una visión que cambió esa percepción en el sentido de que ya no se trataba más de una relación jurídica de independencia y de soberanía, sino que había que dotarla de un contenido social, un contenido económico de transformación de base, de fondo, de estos países. Y esos fueron 20 años de mucha lucha práctica, y de mucha teorización al res-

pecto de la posibilidad, de la imposibilidad, por los resbalosos caminos de las teorías del desarrollo. Mientras tanto el mundo ha cambiado no por la fuerza de esas ideas, no por la fuerza de nuestras luchas, sino por la fuerza de otros factores, sobre los que no viene al caso tampoco detenerme, pero de hecho, después de la guerra, y concomitantemente con ese enorme esfuerzo de toma de conciencia en la periferia del sistema capitalista internacional, se dio una transformación en el mismo modo de producción de los países del centro y en el modo como se reorganizaba la división del trabajo entre los países centrales, y entre ellos y los países de la periferia. Se ha procesado una transformación que es de todos conocida y que involucró la transferencia de parte del sistema productivo del centro hacia la periferia.

Así, puede decirse, se da una coincidencia entre dos procesos distintos y en ese momento nosotros no tenemos conciencia del fenómeno. Ciertamente, había un esfuerzo muy grande en la periferia que buscaba por vía de la lucha política, por vías de la concepción de un Estado que fuera nacional y permitiera la transformación industrial como una transformación que llevara al progreso técnico y a la distribución de los frutos de ese progreso, pero por otro lado, subrepticamente, sin que nos diéramos cuenta, se registraban otras transformaciones en sentido contrario: es la época de la enorme penetración de las multinacionales, de los años cincuenta y sesenta. Y eso produjo una cierta perturbación en la conciencia latinoamericana, y no sólo en ella. La necesidad de ejercer un control nacional sobre los recursos y la producción se convirtió en un símbolo de lucha, tanto en el caso brasileño, como en otros. Por ejemplo, empezó a generarse todo un debate en torno a las posibilidades del petróleo, si se controlara nacionalmente su producción; o respecto al acero, si se construyera una planta nacional del mismo tendría que darse una pelea muy fuerte que involucraba a parte de las fuerzas armadas, del Estado, del sector empresarial, los estudiantes, los sindicatos, además de la oposición formal, no sólo de parte de las potencias dominantes, sino de las mismas empresas internacionales, que de pronto empezaron a tratar de imponer condiciones para

que se les permitiera realizar inversiones que antes eran consideradas como no aptas para ese tipo de países en apego a sus ventajas comparativas. Y en esta época de cambio creo que no se sabía muy bien por dónde tomar la cosa, porque, de pronto, lo que fue anhelo, lo que fue voluntad de transformación y percibido como lucha, pasa a ser encarado o percibido por la conciencia social latinoamericana como algo que no se sabe bien si es bueno o si es malo, puesto que por una parte transforma efectivamente la conformación de la sociedad; industrializa, urbaniza, origina migraciones brutales del campo hacia la ciudad; causa la caída brusca de la estructura del empleo que de ser primario pasa a secundario, a terciario; da lugar al surgimiento de las ciudades infladas de los años sesenta; al desempleo disfrazado, y a otros fenómenos atribuibles a una transformación real en la base productiva; pero por otro lado nos damos cuenta de que simultáneamente a que se perdía la sustancia de autonomía que se buscaba con esa transformación, de pronto se tenía la impresión de que cuanto más se transformaba el país, más se veía éste vinculado a los intereses imperialistas, sólo que ya no se llamaba imperialismo, sino que se hablaba de penetración multinacional como tampoco ahora se decía que no habría desarrollo, sino que se preveía que el desarrollo sería asociado; es decir ya no sería más un desarrollo nacional. Y eso puso en jaque mucho de lo que antes se había pensado. Y de hecho es ésa la situación presente en algunos países importantes de Latinoamérica, entre los cuales están los nuestros, pero no con exclusividad; también ocurrió así en Argentina, parcialmente en Chile, en Colombia, empieza en Venezuela, y en varios otros países más; de pronto se ve que lo que antes se veía como algo quizás lejano y difícil, hoy se da como un proceso casi normal. O sea, los países subdesarrollados se industrializan y, hasta cierto punto, se desarrollan; pero al desarrollarse, como se perdía un poco el ímpetu crítico de las teorías desarrollistas, porque se decía: "Bueno, pero si eso es el desarrollo, ¿será eso en realidad lo que nosotros queremos? ¿Ese tipo de transformación que si involucra un cambio, pero que produce efectos nocivos en ciertas situaciones, además de que implica pérdida de

capacidad de control nacional por parte de importantes sectores de decisión que debían estar bajo el control directo del Estado? ¿Será eso lo que se quiere?" Y entonces empezaron a plantearse otros temas.

La propia cuestión de la dependencia —cuya paternidad generosamente me atribuyó Luis Echeverría—, cuando se plantea a partir de 1965, más o menos ya involucraba una crítica que no era sencillamente la crítica antigua frente a la dificultad del desarrollo. No, la dependencia involucraba otra cuestión, la del control. ¿Quién controla al desarrollo? O sea, la cuestión de las clases. ¿Cuáles son las clases que se van a beneficiar o no? ¿Qué formas de alianzas de clases se producen que pueden o no permitir una transformación? Ya se empezaba a plantear el tema bajo un ángulo que dejaba de ser exclusivamente económico. Y toda la gente sabe el impacto inmenso que tuvo la Revolución Cubana en la conciencia social latinoamericana. A partir de los años sesentas los temas ya no se planteaban sólo en términos de una transformación estructural a nivel de lo económico, sino que se incursionaba en las condiciones políticas bajo las cuales podría darse el cambio, teniendo en mente, además, la cuestión de quiénes son los que pueden ser favorecidos por ese cambio y quiénes son los que lo controlan. Entonces aparece una transformación profunda en ese cambio. Pero, a la vez, el mismo movimiento que ya se esbozara anteriormente, de transformación de las grandes fuerzas internacionales del sistema productivo, siguió su curso, que hasta cierto punto depende del curso particular de cada país. Hasta que en los años setentas se produce otro fenómeno. Y es un fenómeno en que no se ha trabajado suficiente: la idea del traslado de la industrialización del centro a la periferia. Este fenómeno no se ha generalizado, sino que se ha dado en una forma intermedia: sólo ciertas áreas de la periferia se ven involucradas directamente en el sistema productivo por vías de las multinacionales. Pero en otras zonas la situación es otra. Sigue predominando la idea de las ventajas comparativas, y de que hay que buscar una forma de desarrollo económico que sea abierta hacia afuera. El aperturismo, como se llama, parte del argumento de que las fuerzas del mercado deben conllevar

las características esenciales y de sobra para que los países se ajusten en una forma óptima al sistema internacional, y de que no es necesaria más interferencia ni del Estado, ni de los grupos privados, para llevar adelante la industrialización. Entonces se dan dos procesos distintos y simultáneos; por una parte, en ciertos países como México o como Brasil, parece registrarse un cambio en la división internacional del trabajo; son contemplados en ella como parte asociada del sistema capitalista internacional, mientras que no es así en otros países como Chile, en forma notable, o incluso Argentina. Y eso creo que es un cambio importante. El problema con que nos enfrentamos hoy día es que esa transformación de la economía internacional produjo una fractura muy importante. Y debemos darnos cuenta de que no estamos frente a un proceso evolutivo que de la década de los cincuentas pasa a la de los sesentas, setentas y ochentas en una progresión continua, sino que al contrario, hubo una fractura. Esa fractura llevó a que algunos países se engancharan a la estructura internacional de un cierto modo y otros de un modo diferente. Por razones históricas los países que se han vinculado a la nueva forma de división internacional del trabajo bajo la égida de la industrialización, son precisamente los países que en las décadas anteriores eran menos industrializados: Brasil y México. Mientras que los países que antes eran los más industrializados pasan más bien a ser concebidos en la gran escena internacional como países que deben estar en ese esquema aperturista. O sea, adaptándose a los influjos del mercado internacional: Argentina, Chile, Uruguay. Esta situación produce cambios muy fuertes en la estructura social y en la estructura política de estos países. Y en la estructura social, desde luego, porque cuando uno encara un país como Chile, hasta los años de Allende, es un país que de alguna manera hace apretadamente una síntesis y un esfuerzo con retraso para seguir una pauta de transformación que es clásica. O sea, que está basada en que se industrializa, que distribuye el ingreso más que otros países, que permite el acceso a la ciudadanía en gran medida y que tiene un Estado que se organiza; las clases se organizan, y lo hacen de una forma clásica, por intermedio de los partidos,

y éstos, en el caso chileno, son partidos que nos recuerdan a los europeos, pero quizás con un cierto *décalage*, la diferencia del tiempo. Pero cada clase tiene su partido que juega más o menos en correspondencia con lo que es la teoría clásica. Incluso en Argentina hasta cierto punto es así, con el radicalismo con que se organizan las capas medias a veces desde comienzos de siglo. Cuando uno estudia la historia de Argentina de antes de la guerra, se da cuenta de que la situación es muy similar a la chilena; se ve que hay gérmenes de una "evolución política", y hasta se podrá tener la ilusión de que poco a poco se iría a organizar la ciudadanía, con lo que se repetiría el proceso de Europa Occidental. Y detrás de todo esto se halla una forma de organizar la economía, la cual se organiza bajo el acicate del mercado competitivo; las clases sociales que expresan esa vinculación de lo económico son clases sociales que tienen su correspondencia en la historia de Europa. Y los sociólogos en la década de los cincuenta, principalmente los estadounidenses —pues fueron los que más se equivocaron con eso— suponen una democratización progresiva, porque creían que el sistema era evolutivo y que tendía a la democracia. Ciertamente se forma la ciudadanía, las clases se cristalizan, hay un cierto desarrollo económico, una ilusión de democracia, se generaliza la educación, pero de ninguna manera se da la repetición del caso europeo. Uruguay es tal vez el país que más se acerca y ya lo vemos ahora.

Yo creo que lo que pasó es que a pesar de los grandes cambios económicos, algunos de estos países no han entrado a la nueva fase de la misma forma que Brasil o México, los cuales entran como borrando su pasado, porque el pasado no les pesaba tanto, no tenían tanto compromiso con la forma histórica de la organización de las clases, de los partidos, de la sociedad, de lo económico; pero de pronto, ¿qué pasa?, ¿cuáles son los grandes actores que van a subir a la superficie de la escena en estos países? ¿El Estado y las multinacionales, una serie muy grande de empresas locales que de un modo u otro se ajustan y conglomeran, se ajustan más o menos a los grandes lineamientos que están dados por aquellos dos actores fundamentales. Pero, tanto el Estado como las multinacionales

entran a operar a nivel, permítenme el uso de un término que no me gusta mucho, de oligopolización del mercado; son las grandes unidades de producción conglomeradas, centralizadas, que funcionan como oligopolios, que se suponen un ideal que trasciende el espacio limitado de la empresa competitiva e individual, y que organizan una sociedad, bien distinta a la sociedad anterior, que fue la que avanzó más en Argentina, en Uruguay y en Chile.

Claro está que tanto en Brasil y México, como en Venezuela, existen sectores o aspectos que vienen del pasado, que están encauzados en todo un sistema competitivo de la economía, etc., pero son relativamente más débiles frente a los nuevos; y los nuevos son estas grandes burocracias estatales e internacionales y el gran empeño de la organización de los sectores de producción, de tal vinculación internacional. Y esta situación que empieza en la industria, después se desborda, se va al campo y lo coloca en una posición en la que también sufre. Yo no conozco la situación del campo en México, pero sí la de Brasil, y creo que los cambios que ha sufrido el campo brasileño en los últimos 15 años son más espectaculares que los que han sufrido las ciudades. La conciencia social todavía no ha registrado eso, porque aún se piensa en el nordeste, se mira a los sectores rezagados, a los fenómenos brutales de expropiación, a la salvajería del proceso de penetración de la gran unidad productiva en el campo que lleva a la muerte al indio, que lleva a la expulsión del campesino. Todo eso es verdad, pero eso no resta importancia teórica e histórica al hecho de que se transforme el campo brutalmente, y que se organicen también las grandes unidades de producción, y muy a menudo uno no sabe si está en Texas o en Brasil. Tal es el impacto de la fuerza transformadora de la capitalización del agro en este país.

Lo que quiero decir es que nosotros hacemos frente a transformaciones profundas en la estructura social de nuestros países, pero quizás todavía no tenemos el valor de encarar esas estructuras con otros conceptos a los que fueran valederos en cierta época, y que ya perdieron su capacidad explicativa en los días actuales. De ser así, habría que hacer un esfuer-

zo por pensar otra vez cuáles son las formas dinámicas de estructuración de la sociedad latinoamericana, diferenciándolas en términos de las formas según las cuales se da el enganche de las economías nacionales en el sistema internacional de producción. Habría que hacer un esfuerzo por pensar otra vez todas estas cuestiones sin trabas conceptuales; tratar de ir más a fondo del problema. ¿Por qué habríamos de suponer que el desarrollo de los países que están en este camino de transformación en Latinoamérica tendría que repetir el proceso europeo? No hay ninguna razón para imaginar que tal cosa pudiera pasar, porque si pasó en Europa no fue porque se trataba de ese continente, sino porque detrás del proceso europeo había una forma de organización de la vida y del sistema productivo, y una forma de acumulación, que permite pensar que se cuajaban ciertas clases, que se cristalizaban de un cierto modo, que la relación política iba en cierta dirección.

Yo dije muchas veces en mi país, para provocar reacciones, incluso aversión, que Brasil tenía una estructura social de tipo estadounidense. Eso no quiere decir nada, es un calificativo que no dice nada, un calificativo malo, pero quiere decir en realidad que detrás del dinamismo estadounidense no está la gran unidad oligopólica de producción. Y la sociedad que se cristaliza a partir de ahí es una sociedad que organiza las clases de otro modo. Estoy yendo hacia terrenos resbalosos no creo que se pueda pensar en cosas nuevas sin afrontar las dificultades teóricas y políticas del asunto. ¿Qué es lo que significa organizar las clases de otro modo? Tomemos un ejemplo, que es de los más banales: en Europa el peso de la pequeña burguesía ha sido siempre enorme; en ciertos países como Chile, igual. ¿Quién puede incluso analizar la caída de Allende sin tomar en consideración la reacción de la pequeña burguesía en sentido propio? Fue muy fuerte. Bueno, ¿cuál es el peso relativo de la pequeña burguesía en un país como Brasil o como México? Yo diría que es casi nulo, si uno entiende lo que es pequeña burguesía, y para entenderlo basta invertir las palabras. Pequeña burguesía no es otra cosa que una burguesía pequeña, es decir, son gente que poseen medios de producción pequeños, pocos, y que emplean poca fuerza de

trabajo. En Europa esta categoría es altamente explicativa, porque la burguesía pequeña era enorme; por ejemplo, todavía hoy Francia reposa en gran parte en una burguesía pequeña; eso se ve caminando en las calles, y notando las pequeñas tiendas que hay por todos lados. Bueno, ¿cuál es el peso de esa burguesía pequeña en países donde el sistema de distribución está organizado por los grandes consorcios internacionales, como la Sears Roebuck, etc.; en fin, en una enorme cantidad de grandes unidades económicas de comercialización? ¿Cuál es el peso de esa burguesía pequeña? Lo que hay en nuestros países es otra cosa, es una enorme capa de empleados, asalariados que son empleados de la empresa privada y de la empresa pública y que no son pequeña burguesía en el sentido histórico, son otra cosa. Atribuirles las mismas características que se le atribuyó en el pasado a la pequeña burguesía es una falacia, y yo estoy cansado de escuchar afirmaciones sobre "el punto de vista de la pequeña burguesía". No hay punto de vista histórico de la pequeña burguesía en nuestros países, o si lo hay no tiene importancia; nosotros debemos hacer frente a una sociedad que produce empleados asalariados, una enorme masa de asalariados que no son obreros, y cuando uno mide la estructura, la forma como se da la estructuración de la sociedad moderna, se da cuenta que no es sólo en Estados Unidos o en Europa donde el número relativo de los obreros disminuye; acá también. Para cada empleo industrial nuevo que se crea en una ciudad como San Bernardo del Campo, en Brasil, que es una ciudad corazón de la industria, se crean dos en el sector de servicios. Si uno piensa que en el futuro las sociedades que crecen con estas características del capitalismo oligopólico van a ser sociedades donde la clase obrera en su estricto sentido será mayoritaria, se equivoca; es porque no leyó las estadísticas, porque no tiene la costumbre de mirar los datos. Cuando uno observa los datos la cosa no es así; lo que resulta es que aquí estamos creando una sociedad donde la capa de empleados tendrá una gravitación numérica enorme, más importante que cualquier otra capa, y más todavía en la medida en que la sociedad avanza en esa forma de industrialización actual y de moderni-

zación y se vuelve una sociedad en la que los servicios se convierten en un sector sumamente importante; hay otro fenómeno que en Estados Unidos es claro, la categoría profesional que más crece es la de los profesionales liberales. Bueno, en nuestros países también va a darse ese fenómeno, y la universidad es el ejemplo. Quien quiera saber cómo va a ser la capa media en Latinoamérica, debe observar la forma como la universidad se multiplica, aumenta numéricamente, y crea una gran masa de gente de ocupación indefinida porque no sabe muy bien dónde se va a enganchar en esa sociedad todavía no muy claramente moderna, pero que sin embargo ha proyectado cambios profundos en las aspiraciones de la gente y en las palancas de su transformación. En la universidad se crean masas y masas de nuevas capas medias, que naturalmente tienen algo de conciencia proletaria, pero que son capas medias de un nuevo tipo.

Y, ¿quién podría en el análisis de la estructura de las clases de nuestras sociedades no darse cuenta del fenómeno de la burocracia? La burocracia es también un fenómeno importante, no tanto numéricamente, aunque es un hecho que tanto la burocracia de la empresa privada como la del Estado, crece, sino en términos de su importancia estratégica; porque es a través de la burocracia que pasan en gran medida las decisiones. Y cuando se mira a los obreros, ¿qué es lo que pasa con ellos en nuestros países? Al ver lo que pasa con la clase obrera de un país como Brasil, la conclusión es que también ahí los cambios son importantes y poco registrados por la literatura. Yo me acuerdo, en los años cincuentas, y más precisamente en 1953, hubo grandes huelgas en Sao Paulo, que tuvieron una trascendencia social enorme porque fue la primera vez, después de varios años, que de hecho se liberalizó el sistema político, y el control sindical se hizo más débil. La sociedad brasileña se dio cuenta entonces, y casi súbitamente, de que había fuerzas obreras que se movían, y que llevaron a una movilización impresionante, en la ciudad de Sao Paulo. En el pasado, la industrialización en esa ciudad estaba localizada en ciertos barrios principalmente de origen inmigrante italiano y español, y durante las huelgas de 1953 ¿qué es lo

que se veía? Una masa que hacía sus caminatas hasta el centro de la ciudad y todo terminaba con un mitin en la plaza y la policía que naturalmente venía a reprimirla, a dispersarla. Y esta masa obrera que estaba ahí, se componía en gran parte de mujeres, porque la industria más numerosa era la industria textil, la cual ocupaba muchísima mano de obra femenina. En aquel entonces era básicamente la industria de los textiles la que se movía, y en parte la industria metalúrgica, pero no la automotriz, porque no había en aquel entonces. Pero, de cualquier forma, lo que se ve en Brasil es que no había una ruptura muy fuerte entre el tipo de movilización laborista brasileña anterior a 1953, y la del obrero de esa época: el mismo tipo de gente, más o menos hambrientos, débiles, flacos, y por detrás de esa movilización, los partidos de izquierda tradicionales entre los cuales el comunista era entonces el más activo.

En los años sesentas las cosas cambian mucho. Las huelgas de esa época ya no se dan en esos sectores textiles, sino que van hacia los sectores del Estado; son los burócratas los que hacen huelgas, los que trabajan en la marina mercante, los obreros que trabajan en transportes en general, en los telégrafos y correos; es una huelga, una manifestación de la clase obrera que se expresa en una forma en que no lo hacían en los años cincuentas. Ya no es la vieja burguesía brasileña que se ve confrontada como en el pasado, cuando el obrero sabía el nombre del dueño de la empresa, conocía físicamente al patrón; en aquella época el obrero sabía a quién se enfrentaba. En los sesentas, en cambio, se enfrenta con un adversario abstracto: el Estado y la manipulación política. La gran huelga populista no es la de los años cincuentas; sino la de los años sesentas. ¿Y qué pasa ahora, después de los setentas? Un cambio radical después de muchos años de contención política, de represión: cuando hay una liberalización en lo político se aflojan los controles sindicales y otra vez la clase obrera va a la huelga, participa en movimientos, resurgen los sindicatos. ¿Pero qué obreros son éstos? Son otros, ya no tienen mucho que ver con la huelga de los años cincuentas de los descendientes de italianos y de españoles; ahora son los

migrantes del nordeste que están en Sao Paulo; son los líderes nordestinos como Lula; son aquellos que provienen de la zona más rezagada del país, e incluso que tienen algo muy específico de esta región: una enorme capacidad de expresión verbal, y cuando uno va a una reunión de obreros de Sao Paulo queda realmente entusiasmado de ver la capacidad brutal que tiene esta gente para hablar, para expresar lo que quieren; la claridad con que exponen sus problemas. Ya no es la vieja clase obrera, es la clase obrera que trabaja en las multinacionales, cuyos problemas ya no son iguales a los de los años cincuenta. Las últimas huelgas no se dieron solamente por cuestiones salariales; éstas estuvieron también presentes, pero ya empezaban a plantearse las cuestiones de la autonomía, del control de la clase obrera, de los sindicatos que debían de estar bajo su control, de la comisión de la fábrica.

La huelga tuvo de inmediato repercusión política justamente porque los obreros planteaban la cuestión de la autonomía en la conducción del proceso de la huelga. Entonces, ya no estamos frente a una clase obrera que se moviliza del mismo modo que se movilizó la clase obrera del pasado, es otra, implicada en una situación de producción totalmente distinta. Entonces existía la figura del patrón, pero ahora ¿quién es el patrón? ¿quién es el patrón de la Volkswagen? Son los sindicatos alemanes, es el Estado alemán, no hay una personificación de la burguesía, es otra cosa. Es otra burocracia la que está por arriba. Se tiene entonces una movilización de la clase obrera que es harto distinta de lo que fue la movilización de esa clase en el pasado. Y por otra parte, simultáneamente (y perdónenme por dar ejemplos brasileños, pero yo domino y conozco más a fondo los fenómenos de Brasil), se ve que los asalariados a los que hice referencia, los de las capas medias, empiezan a comportarse también como "obreros", hacen huelga. Por primera vez se realizó una huelga de importancia de médicos. De profesores es más común, pero ¿de médicos?, ¿de ingenieros? Éstas son realidades nuevas. La huelga era un instrumento de lucha obrera, y cuando se generaliza es porque los profesionales ya no son más la pequeña burguesía, y no es el señor médico que tiene su oficina con sus instrumentos de trabajo, que va a cobrar ahí

un cierto honorario por hacer su labor. Ahora es un señor que está como asalariado en un hospital, funciona como si fuera un "obrero". Esto cambia mucho el juego que se da en la sociedad, estamos frente a una sociedad donde este movimiento es de burocracias, donde las clases se mueven con características que empiezan a ser nuevas y donde las formas tradicionales de organización política de estas clases empiezan a no ser suficientemente fuertes para encauzarlas. Hay una crisis generalizada de los partidos. Éstos buscan renovarse, algunos lo logran, otras veces se crean partidos que uno imagina podrían ser más sensibles y acoplarse mejor a las nuevas necesidades sociales; y, sin embargo, se tiene un poco la impresión, muchas veces no verdadera, de que los partidos no tienen política y que la política no pasa por los partidos. Y emergen otras formas de movilización, los movimientos sociales, el papel de organizaciones que en el pasado no tenían un papel político de este tipo —como las iglesias—, que empiezan a hacer presentes las demandas sociales de las bases. Todo esto indica que estamos frente a una crisis muy fuerte de la organización política total. Ya no estamos como en Chile o como en Argentina donde de algún modo el partido, el movimiento político organizado, pudo encauzar la transformación; aquí estamos frente a una especie de nebulosa en la que hay algunos elementos. A veces se pisa tierra firme, pero de pronto se empieza también a resbalar y el flujo de lo real se escapa, no se sabe por dónde va a pasar este proceso, y frente a eso hay por lo menos dos instancias que son firmes: la empresa y el Estado. De ahí que yo crea que ésta es la temática que nosotros tenemos que enfrentar para discutir las características de las sociedades latinoamericanas que se industrializan hoy, en la que constituye una nueva forma de industrialización, que crea relaciones sociales distintas. No digo que no tiene nada que ver con la forma de capitalización; al contrario, tiene mucho que ver. Pero crean nuevas formas de sociabilidad y yo di el ejemplo de una capa media, di el ejemplo de las clases obreras, y lo mismo vale para las clases rectoras, las clases dirigentes empresariales que también mudan de sentido con la emergencia de la tecnoburocracia con la tecnoburocracia estatal (la privada y la estatal). Una vez intenté el con-

cepto de "anillo burocrático" porque hay que ver qué tipo de enganche político se dé cuando éste no pasa por los partidos. La burguesía en Brasil no tiene partidos porque puede ponerse al margen de los partidos para después vincularse con el Estado directamente al margen de toda la estructura partidista. Entonces hay que crear algunas categorías que nos permitan entender cómo se da el juego en esas situaciones. Bueno, de todos modos en ese conjunto hay algunos pilares, algunas palancas fuertes, que yo creo que la empresa sigue haciendo funcionar, y el Estado también, a un punto tal que muy a menudo en las sociedades nuevas que se están industrializando y formando, lo que aparece como enemigo no es más el patrón, sino el patrón transfigurado por la autoridad. Y se generaliza una especie de crisis política: cualquier demanda a nivel de la fábrica, de golpe se transforma en una crítica general y no se puede llevar más la pelea a nivel puramente económico, sino que se pone en jaque todo el conjunto. Por eso que la Iglesia entra de pronto porque tiene que ver con todo. Y frecuentemente se da ese fenómeno de horror mítico frente al Estado como si éste fuera la síntesis de todo lo malo (para algunos la síntesis de todo lo bueno). Pero de tal manera que se da una especie de sociedad nebulosa que cambia muy aprisa, que pone todo en jaque; a cada momento hay conflictos que abarcan todos los niveles, y como los dos grandes entes son la empresa y el Estado, y como la empresa se escuda, sale de la escena política aparentemente, se repliega, para dejar que el Estado cumpla todos los papeles: organice la producción, la represión, la ideología, que organice todo; da la impresión de que nuestras sociedades giran alrededor de un solo sol llamado Estado. Claro está que ésta es sólo una impresión. En el fondo no es así. Pero cuando decimos que da la impresión es porque no hemos categorizado, no hemos creado el sistema analítico que nos permitiera entender los varios eslabones por los cuales se dan las mediaciones que llevan a que el Estado asuma ese papel de "Estado sol", o, como lo llaman algunos de los nuevos filósofos franceses, *panopticom*, que mira por todos lados, que todo vigila, que todo controla, que sabe todo, que está presente en todas partes. Frente a eso, creo yo, tenemos muy pocas categorías de pensamiento, y la heren-

cia clásica de que disponemos, sea liberal o marxista, nos deja un poco sin respuesta porque no hemos hecho la labor de complementar la relación de todo esto y ver que estamos enfrentándonos con nuevas formas de sociabilidad creadas por el desarrollo presente del capitalismo que dio origen a nuevas formas de sociabilidad. Por eso, esa enorme aureola confusa que gira alrededor de la empresa y del Estado no tiene todavía la fuerza siquiera para plantear en forma globalizante una alternativa. El esquema clásico es muy claro para nosotros, el esquema liberal decía: se organizan las clases, se generaliza la institución, se aseguran los derechos del hombre, los derechos civiles, los derechos políticos, y el hombre en el mercado político va poco a poco tratando de reequilibrar y solventar sus conflictos, y los cambios van a ser progresistas. El esquema marxista no era ése, pero también era claro, decía: no, lo que pasa es que hay una clase que sintetiza toda la contradicción que tiene la fuerza de la negación, que es la clase obrera, y alrededor de ella se va a organizar un nuevo proyecto de vida, y el obrero va a proponer para la sociedad como general lo que le es específico; modo de vida que no implica la explotación del otro, y se crea la imagen del socialismo como la utopía viable para la transformación. Pero de todos modos cualquiera de las dos vertientes tenía una visión del conjunto. Ahora no. Ahora lo que parece es que hay tal fragmentación en la nueva sociedad, que resulta muy difícil incluso detectar cuáles son las fuerzas, las ideas, los esquemas que permitirían una visión nueva del conjunto para proponer una nueva sociedad. Sólo tenemos al Estado, pero en torno a él se da ese horror mítico al que yo hacía referencia. El Estado parece representar, encauzar toda la sustentación de la dominación. Se le teme como si el Estado en sí mismo fuera malo, y como si la sociedad civil (noten que se ha vuelto a utilizar el concepto, hegeliano por cierto) fuera la síntesis de todo lo bueno; haciéndonos olvidar que la sociedad civil, en el lenguaje clásico, no es nada más ni nada menos que las clases, todas: las buenas y las malas. Pero da la impresión de que la sociedad civil es lo bueno; y principalmente en países como el mío, donde la dominación es militar, se piensa que la sociedad civil es la oposición al militar (en verdad el concepto no tiene

nada que ver con eso, pero vulgarmente se imagina la oposición entre la sociedad civil y los militares), de donde se deduce que la sociedad civil es buena y puede, de alguna manera, producir una regeneración del tejido social, sin pasar por el Estado. ¿Cómo? Nadie lo dice. Se pone al margen la temática de la muerte del Estado, porque es difícil enfrentarla, porque en general se acepta que no está muriendo sino expandiéndose. Se deja pues esta temática al margen, pero ya que no tenemos la respuesta para este Estado que todo controla, ¿vamos a cerrar los ojos y a imaginar que seremos nosotros capaces de producir el bien por el propio bien, a partir de nosotros mismos? Hay una enorme mística de la movilización sin eje; de la movilización como si fuera una evolución permanente. No una revolución permanente, sino una evolución permanente que va siempre poniendo en ebullición a la sociedad (quizás a la Mao, porque Mao tenía buenas ideas, aunque eran confucianas). Y se imagina que cuando se hace hervir a la sociedad, de alguna manera ésta se purifica y lo malo desaparece sin que se necesite eliminarlo directamente. Entonces, habrá de hacerse hervir a la sociedad civil de tiempo en tiempo y ¿quién sabe?, tal vez hasta el Estado se repliegue. Pero desde luego ésta no es la realidad; estamos frente a conatos de una visión altruista pero ineficaz. Entonces, la fuerza nueva, el movimiento social, la base, la recuperación de la voluntad espontánea, no se ven muy claramente, como tampoco se ve la forma como va a encauzarse todo esto que es vital, y ofrecer algo que conteste a los dos factores a los que me he referido y que están estructurados: la empresa y el Estado. ¿Cuál es la nueva sociedad? ¿Qué se propone? ¿Cómo se va a organizar la producción? ¿Cómo se va a distribuir esa producción? ¿Cómo se van a regular las relaciones de poder que involucran tanto la producción como la distribución? Nos callamos frente a eso; nos callamos y nos quedamos mirando una sola parte del proceso. Nos imaginamos que a partir de esta sola parte del proceso seremos capaces de producir un cambio, pero no se dice nada de cómo se da ese cambio, y mucho menos a nivel de lo teórico. Es visible la sustitución tanto de la imagen estructural-funcionalista de los sociólogos y del marxismo por una especie de neanarquismo,

que está envasado en esas ideas del aquí y ahora, y en una especie de renuncia a la idea del conjunto. Es decir, ¿cuál es la forma de la sociedad y hacia dónde va? Al renunciar a esa idea de conjunto, acepta la fragmentación: los más complicados teóricamente incluso empiezan a hacer la crítica misma de la idea de historia; se crea una nueva mitología para decir que no hay por qué estar tan preocupado por el conjunto, por el Estado, por el todo, por la nueva forma de la sociedad, porque es a partir de la lucha fragmentaria que se dan cambios que van en una dirección y en otra, y no hay ninguna línea de fuerza que sea suficientemente clara como para decir hacia dónde vamos. Bueno, yo creo que éste es el estado del arte, y esto, que se refleja en nuestra forma de pensar, no es por una pura evolución del pensamiento, sino porque, como he señalado, creo que hubo una transformación de fondo en la forma de la industrialización, en la forma de la estructuración de las clases, en la forma del enganche político, y no hemos sido capaces todavía de generar los conceptos para encauzar toda esa transformación. Me parece también claro que si eso es así, no sólo nos corresponde una enorme búsqueda de esas categorías y de la acción transformadora, sino, también (y ahí me salgo un poco de lo estrictamente sociológico), la formulación, la construcción de una utopía que nos ayuda a producir conocimientos nuevos en la etapa en que estamos. Como soy un poco temeroso de estas cosas, un poco escéptico, frente a las utopías, siempre propongo una utopía realista, lo que reconozco parece ser una contradicción en los términos. Pero no importa, creo que es fundamental que se busque, que se proponga otra vez algo que permita ver cómo se puede integrar una sociedad que está fragmentada en tantos pedazos. No-creo que sea posible hacerlo sencillamente echando a la basura de la historia todo lo que fue la herencia del pensamiento occidental, y especialmente, los anhelos de transformación, de una sociedad igualitaria. Éstos son aún hoy elementos muy importantes de la actual ideología. En nuestros días, como en el siglo XVIII, todavía se trabaja alrededor de los temas de la libertad y de la igualdad. Pero, ¿cómo se pueden tener realmente libertad e igualdad? ¿De qué manera sabemos la forma de sociedad en la que estamos? ¿De qué modo se podría

por lo menos empezar a pensar esta nueva utopía realista que permitiera una transformación y no sencillamente se estancara en aras de un futuro imposible? Creo que a raíz de eso habría que repensar los enganches entre las capas medias y las capas obreras. Creo que el cambio que hubo en la forma de organizar la sociedad se dio de tal modo que hoy, pese a que las relaciones sociales de producción son obviamente distintas (pues cuando se mira a un médico que está en un hospital, a un técnico en computación, y a un obrero que está en la planta de acero, claramente se observan relaciones sociales distintas), los efectos de la forma de acumulación, del crecimiento de la empresa, del hecho de que el Estado se ha vuelto un Estado pragmático, de alguna manera imponen a las distintas categorías una forma de vida y una forma de dominación que los homogeneiza. Algunos van a decir, y ya lo dijeron tantas veces: "¡Ah!, la socialdemocracia". Y también lo diría si fuera posible. Pero no lo es porque la socialdemocracia supone otra cosa: una clase empresarial de otro tipo, capaz de proponer a la clase obrera un pacto, y una clase obrera distinta, dispuesta a aceptar ese pacto e imprimirle una dirección. Pero la verdad es que esos supuestos no se dan; ni existe una clase obrera tan fuerte, ni una capa empresarial tan independiente. ¿Qué capa empresarial puede proponer algo si la gran clase empresarial es burocrática (trátese del Estado o de la multinacional)? Es entonces inútil proponer algo parecido a la socialdemocracia; es inútil volver con la piel de un pasado que para nosotros está muerto y proponerlo como si fuera utopía. Lo que yo propongo no es esto; es otra cosa: es la búsqueda de la forma por la cual se puede efectivamente democratizar y encarar un proceso de igualación de la sociedad. Creo que habría que pensar en cómo se da el enganche entre estas clases, en si es posible, en la forma de conflicto que se va a dar. Además, en la medida en que yo no creo en la muerte del Estado, creo que si no se tiene una política hacia el mismo, no se tiene una política en lo absoluto; se tiene solamente una buena intención, una transformación a nivel de la sociedad, pero no se tiene una transformación a nivel de la dominación. Creo que hemos sido muy pobres en el planteo de qué hacer con el Estado, y nos per-

demos siempre en la discusión sobre si es un Estado clasista, y de qué clase, si es autónomo y hasta qué punto esa autonomía es relativa, y una serie de cuestiones más que sólo conducen a un infinito cansancio. Uno empieza la primera frase y ya sabe lo que viene al final. Hasta las citas ya se conocen, y no avanza. Por eso, creo que en esta utopía realista que yo propongo, habría que pensar en una forma política que permitiera aclarar la cuestión de la relación entre esas capas nuevas de la sociedad industrializada oligopólica y pensar de qué manera se puede tener una política de control en el Estado. Si fuera posible, como en el pasado, imaginarse que están las clases, los partidos, los parlamentos, el ejecutivo, el judicial, etc., con tanta claridad, si fuera posible volver a Montesquieu, estaría de acuerdo, pero no se puede. No es posible imaginar que en un mundo donde la empresa toma la decisión, donde la tecnificación es tan grande, el parlamento pueda controlar las decisiones fundamentales. No quiero restarle para nada importancia al parlamento (soy hasta cierto punto semiparlamentario), pero no creo que el parlamento en sí mismo pueda hacer eso. De nada vale transformar como hemos transformado nuestros parlamentos en grandes cajas de Pandora, donde vamos a llorar lo que se hizo mal. Cuando el parlamento es libre (y el brasileño se ha liberalizado algo, recientemente), se vuelve sobre todo un muro de lamentaciones inútiles porque no tiene la fuerza para impedir que algo se cumpla.

Entonces, si el futuro no va a ser la vuelta al pasado, tenemos que ver que el enganche político se dé ahí donde se toman las decisiones: en las varias oficinas del Estado, en las oficinas de la empresa pública, y de forma que vincule esas oficinas con el pueblo. No se trata de proponer controles nuevos ni una representación mistificada, simbólica, sino de un control efectivo. Creo que es allí donde los partidos muy a menudo fallan, porque cuando son ideológicos tienen una imagen, pero no tienen eficacia. Y cuando no son ideológicos tienen una práctica, pero esa práctica está puramente ligada a lo formal, a los parlamentos, etc., y no es ahí donde se toman las decisiones. ¿Qué es lo que ocurre? Se produce un quiebre, y el mismo movimiento social se vincula directamente con el Esta-

do, aunque éste sea autoritario. Por detrás de esta identificación y magnificación, que yo creo positivas de las fuerzas de los movimientos sociales en un país como Brasil, está el olvido de que estos mismos movimientos sociales a la vez que protestan, dialogan, y no con los partidos, sino con el Estado. Porque como desean cosas concretas acuden a quien puede otorgarlas. De ahí que todas estas cuestiones deban ser incorporadas a nuestro pensamiento y a fin de que nuestra retórica no se quede corta frente a los procesos vitales, frente a los procesos sociales reales. Yo soy optimista en ese sentido, creo que hay posibilidad de una nueva política; no hagamos como el avestruz y tratemos de no mirar lo que está pasando simplemente por miedo a lo que ponga en jaque nuestros valores, nuestro corazón y nuestra formación mental. Yo creo que tenemos que tener fuerza suficiente para creer en lo que creemos y encarar lo nuevo. Pero esta actitud no debe quedarse al nivel de la retórica. Debemos sacar las consecuencias de lo que sabemos y sabemos que la economía está internacionalizada, sabemos que el mundo se ha vuelto un mundo mucho más unificado; de ahí que no será posible ya tener una posición política eficaz sólo a nivel nacional, local, sino que deberá incluirse el plano internacional.

Éstos no son debates vanos, tampoco aquellos que se refieren a la necesidad de un nuevo orden internacional lo son; son necesarios porque de alguna manera la producción organiza al mundo, y si no pensamos cómo se va a organizar esa producción a nivel del mundo, no tenemos cómo salir del *impasse*. Son importantes las cuestiones que se discuten respecto a qué nuevo tipo de desarrollo a nivel internacional se va a dar, de qué manera vamos a plantear ese desarrollo de un modo tal que vuelva posible una política que no sea pura manipulación y haga realidad los postulados retóricos de la igualdad y la libertad. Pero cómo habrán de lograrse esa igualdad y esa libertad si no se tienen realmente ciertas decisiones que permitan optimizar la producción, distribuirla mejor, estancar la explotación. Creo que se requiere una nueva utopía (que en mi caso personal sería socialista), que proponga una nueva organización de la vida concreta e incorpore al pueblo.

Hoy día no se puede más separar el nivel del pueblo del nivel más general y el pensamiento latinoamericano apenas empieza ahora a introducirse en esas cuestiones que siempre han sido dejadas a los ciudadanos de las capas dirigentes del mundo como si no fuera algo de importancia práctica para los que hacen la política a nivel de la base de la sociedad. Bueno, exagero cuando hago el dibujo del asunto pero es necesario subrayar lo que me interesa; recalcar que hay movimientos, iniciativas, conflictos y movilizaciones que apuntan hacia lo nuevo; pero creo que si algo podemos hacer nosotros los que tenemos por lo menos virtualmente la posibilidad de producir conocimiento aun a riesgo de incomprendimientos, aun a riesgo de asumir posiciones muy heterodoxas, es plantear los desafíos presentes reales. Creo que esto es algo que nos corresponde asumir a nosotros como intelectuales, como estudiantes, como profesionales. Tenemos la obligación, y debemos asumirla con dignidad, de aclarar un poco el debate en torno a estas cuestiones, y a menudo, cuando el intelectual participa en política, no cumple correctamente su labor como intelectual porque como que se vuelve un político avergonzado de ser intelectual y acepta ingenuidades, tonterías cuando sabe que son falsas porque cree que vienen de la base, que vienen de un grupo político. Y creo que tenemos que obrar al revés: debemos mantener nuestra integridad tanto como políticos como intelectuales, porque si no lo hacemos engañamos a aquellos grupos sociales a los que pretendemos servir. Y con estas palabras quiero agradecer la paciencia de todos ustedes, y de alguna manera excusarme de haber expuesto tanto, pero he querido mantener fuerte mi llama de intelectual y no solamente de político.

B. OSORIO-TAFALL

Quiero referirme a la existencia, en todo el mundo, de aquellas fuerzas reaccionarias que resisten y se oponen al cambio. Ante ellas, sin embargo, tenemos la democracia cristiana que en muchos países de Europa ha echado hondas

raíces, los socialdemócratas, el socialismo no marxista, no leninista y finalmente el comunismo. Una y otras fuerzas constituyen los grupos políticos con los que vamos a tener que contender durante algún tiempo. Para mí, más que crisis de partidos políticos lo que hay es una crisis de dirigentes, de líderes. Estamos viviendo en una época del mundo en que los grandes líderes se han extinguido. Probablemente el último de ellos ha sido Tito, el presidente de Yugoslavia. Ya no tenemos gente como las que existían hace 20, 30 y 40 años, y sobre todo líderes innovadores, líderes carismáticos capaces de dar a cada partido político una impronta y un impulso que pueda permitir responder a la solución de los problemas del momento.

Lo que hay también es una apatía, una desilusión en las bases populares, en lo que algunos han llamado masas, que están desconsoladas porque hay una gran diferencia entre las promesas electorales y las realizaciones durante el período de ejecución. Esto nos explica la gran abstención electoral que se observa tanto en países de América Latina como en países de Europa. Y a esta falta de líderes creo yo que se puede atribuir la desilusión incluso en el ámbito internacional. Veamos, por ejemplo, las recientes elecciones en Estados Unidos, sin que esto sea criticar a los individuos, a las personas, porque al adversario se le puede combatir por lo que hace pero nunca se le puede vilipendiar. Pero un país grande como Estados Unidos que da a los ojos del mundo el triste espectáculo de presentar como candidatos a un señor Reagan y a un señor Carter, habla muy poco en favor de la democracia institucional.

El parlamentarismo es un factor que desempeña un papel importante en los regímenes democráticos, pero yo me pregunto en el sistema de representación por distritos, que es típico por ejemplo de Inglaterra en donde cada circunscripción elige un representante, un diputado que puede salir victorioso por un voto de diferencia, mientras que el resto, el residuo, se queda sin representación en la Cámara de los Comunes. México ha puesto en práctica un sistema muy especial que asegura a los grupos políticos que no están incluidos en la representación por distritos, una representación en el Congreso de la Unión. Israel, en cambio, aplica el sistema de repre-

sentación proporcional con listas de diputados por partidos, y según el cociente electoral cada partido envía a la Cámara el número correspondiente de representantes. Ahora bien, amigo Cardoso, creo que hay algo que usted no tocó pero que yo le voy a invitar a que lo desarrolle. Y es que además del Estado y además de las empresas, a no ser que el término empresas se considere en un sentido sumamente lato, el papel que los grupos de presión ejercen sobre el Estado en América Latina no se puede dudar. Empezaré, y aquí podré decir con Don Quijote, "con la iglesia hemos topado, Sancho": la influencia de la Iglesia, la Iglesia Católica. ¿Creen ustedes que ha sido una casualidad que el Papa haya elegido en América Latina para sus primeras visitas México y Brasil? No. Esto indudablemente ha sido una intención manifiesta para ejercer un cierto número de presiones. En segundo lugar está el ejército. No se puede, en un estudio, creo yo, de las políticas y del futuro político de América Latina no tratar al ejército, debiendo distinguir, y en eso quiero ser sumamente claro, entre militares y militarismo. Hay países en América Latina en que hay militares pero no hay militarismo. Mientras que en otros el militarismo es campante y resulta culpable de una serie de males que nos aquejan. Hemos oído también hablar de las clases como si ellas, a no ser que yo no lo haya entendido perfectamente bien, fueran algo impermeable, algo indestructible que no se unificara. Yo creo que América Latina, o cuando menos algunos de sus países más desarrollados, muestran un ejemplo muy útil, muy importante de este *turn over*, de esta movilización. Hay gente de las clases más bajas que se van encaramando, que van subiendo, van ingresando en las clases superiores. Y esto yo lo considero correcto.

Y, finalmente, al examinar el panorama político del mundo creo que se puede hacer una generalización. Ahora bien, las generalizaciones naturalmente no son cien por ciento correctas, y es que el Estado en los países democráticos, sobre todo en las federaciones, debido a la complicación de la vida moderna y al haber asumido la responsabilidad sobre todos los servicios sociales, la sanidad, la educación, los transportes, etc., se van haciendo más y más totalitarios. Nos hablaba del

Estado panóptico y creo que ésta es una frase perfectamente atinada; para corresponderlo le ofrezco otra que es el Estado anómico, no anémico, sino anómico, el Estado que no se sujeta a normas, a principios legales, que hace prácticamente abusos que estamos observando; abusos de autoridad en cuanto a derechos humanos, torturas, y extralimitación en sus funciones. En cambio, paradójicamente, los países totalitarios, los países de la órbita soviética, se van gradual y lentamente democratizando, van dando mayor y mayor representación a los grupos. De modo que es muy posible que si esta evolución generalizada continúa, las democracias se van a convertir en estados totalitarios y los estados totalitarios van a ser democracias.

Y, finalmente, sobre la burguesía capitalista yo quisiera agregar una apostilla. Esta burguesía no tiene bandera porque marcha bajo todos los pabellones, no tiene moneda porque utiliza todas las divisas, y no tiene patria porque se mueve de un lado para otros con entera satisfacción. Cuando se habla de las transnacionales y denunciamos sus abusos, yo quisiera una vez más llamar la atención sobre los nacionales que dentro de cada país hacen posibles actividades ilícitas de las transnacionales, es decir, no tratar como Freud, cuando describió al complejo de la proyección, de echar siempre las culpas a los demás y no reconocer las nuestras propias. Estamos interesados en una nueva democracia, y de acuerdo con Cardoso el futuro no puede ser un remedo del pasado, pero cuál va a ser. Yo sinceramente no lo sé y quisiera que alguien con más autoridad nos lo pudiera decir.

IVAN MENÉNDEZ

Tengo una preocupación central que es la participación de las masas campesinas en las estructuras y tendencias del Estado de América Latina, particularmente en el caso mexicano y brasileño. Entendí en su muy brillante disertación que los grandes ausentes de la misma fueron las masas rurales. Entiendo que no sólo la clase obrera, la burguesía pequeña, la

burocracia o las transnacionales son los actores principales en la escena política brasileña o mexicana. Como es de su conocimiento, en nuestro caso, las masas campesinas conformaron de manera preponderante las estructuras del nuevo Estado revolucionario; posteriormente fueron institucionalizadas para la defensa de sus intereses, aunque la realidad del proceso de acumulación las arrojó a la periferia del mismo, sirviendo como abastecedores de mano de obra barata para el complejo urbano e industrial o para el suministro de alimentos baratos. Yo me pregunto cuál es la participación de las masas rurales en un país como el Brasil —a pesar de tener un Estado militar—, cuál es su interlocución con el Estado. En México se da un nuevo fenómeno de movimientos campesinos, cuando éstos cuestionan no sólo a los latifundios tradicionales, a la vieja oligarquía tradicional que detenta la tierra, a las empresas agrícolas transnacionales que controlan en buena medida el procesamiento y la distribución de alimentos para las zonas urbanas, sino también a las empresas del Estado en la agricultura. Eso en México se da en la mayor parte de los rubros de la actividad económica en la agricultura. Yo quisiera saber cuál es su pensamiento sobre la participación de los campesinos o de los jornaleros agrícolas o de las masas rurales en general, en la conformación del Estado democrático.

LUIS DÍAZ MÜLLER

Hace ya quince años que Cardoso y Faletto, yo diría en forma magistral, plantearon la dependencia del desarrollo, y más concretamente dos grandes paradigmas del desarrollo latinoamericano: el control nacional del sistema productivo, y el control foráneo de dicho sistema. Pero el vendaval de la historia de alguna forma hizo que esa gran opción del modelo nacional de desarrollo —el modelo agroexportador de desarrollo—, fuera arrasado por la introducción, yo diría a partir del año 1973, del Estado burocrático autoritario, especialmente con la caída de Salvador Allende en Chile. De esa manera, entonces, se instaura el modelo transnacional de

desarrollo, se crea el Estado burocrático autoritario y se empieza a plantear en la ciencia social latinoamericana la posibilidad de contar con alternativas viables a este Leviatán moderno como es el Estado militar latinoamericano. En este sentido; es posible hacer la reflexión de que, a lo mejor, la democracia en la América Latina, como señala Lesler más bien ha sido una aspiración que una realidad viable y concreta. De esta manera quisiera insinuar mi primera pregunta que busca detectar las opciones de la posibilidad de tejer, de formar en América Latina un Estado nacional popular como alternativa al Estado militar burocrático autoritario.

Por otra parte, el mismo hecho de esta inserción dependiente dentro de los numerosos cauces que adopta la escuela de la dependencia, esta inserción dependiente de América Latina, renegocia y define el carácter dependiente del nuevo orden internacionales. Quiero decir con esto que en alguna forma el hecho de la mundialización del mercado, y de la mundialización en las relaciones económicas internacionales, hacen que el carácter de la inflación dependiente de América Latina en el mercado mundial tenga alguna influencia sobre el carácter dependiente del proyecto de nuevo orden internacional del Tercer Mundo. De esta manera, por ejemplo, observar la posibilidad de una integración autónoma de una integración liberadora en América Latina resulta imposible, si partimos y reconocemos el supuesto del carácter dependiente de la inserción de América Latina en el mercado mundial. La segunda pregunta busca investigar, entonces, los espacios de la libertad y de la democracia en América Latina, dentro del marco de esta condición periférica de la inserción de la región en el sistema mundial.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

En cuanto a lo que se dijo sobre la crisis de los partidos y de la movilidad social, estoy de acuerdo en que existe una crisis de liderazgo, pero creo que aquí caben las reflexiones de Weber quien quizá más que ninguno de los otros grandes sociólogos

se dio cuenta, se percató, de la emergencia de este fenómeno de la generalización de la burocracia, de la burocratización del mundo. Weber creía que frente a la burocracia había dos fuerzas capaces de oponerse. Una era la fuerza de los empresarios, de los *unthenener* como los llamaba. Ellos tenían la capacidad creadora de romper en el círculo propio de su actividad la inercia burocrática en aras de su interés. Bueno, hoy ya vemos que los empresarios se burocratizaron sumamente; la figura del empresario personal dio margen a un reemplazo por el empresario colectivo que es la burocracia. Y la otra fuerza a la cual Weber apelaba eran los políticos. Y más específicamente cierto tipo de políticos capaces también de tener esos rasgos carismáticos. Parece que el consuelo no es mucho para nosotros, porque estamos dentro de una burocracia y la posibilidad de un liderazgo carismático puede ser también algo malo, porque cuando menos en mi país, cuanto más carismático, más peligroso es el líder. Por suerte no tuvimos ningún general carismático.

Así que de lo que realmente se trata es de cómo se va a dar el liderazgo político en las condiciones modernas. No es fácil saberlo. Yo creo que probablemente hay ahí una cierta crisis en ese sentido. No creo que la emergencia de un gran líder salve la situación, pero probablemente la acción continuada de varios líderes servirá para que salgamos del *impasse* en que nos encontramos. Pero me parece que el *impasse* es más profundo que la fuerza de los líderes. En cuanto a los grupos de presión; desde luego yo estoy de acuerdo, y la cuestión de los anillos burocráticos es una manera de mencionar la forma que adoptan esos grupos en nuestros países. Pero en cuanto a la movilidad de las clases yo creo que es un fenómeno importante: las clases son, y no son, y dejan de ser y vuelven a ser. Y eso se da a nivel de las clases mismas, todas las clases cambian. Además, existe la movilidad individual, son dos fenómenos distintos y los dos están presentes. La movilidad ascensional es enorme en Latinoamérica, y si uno no se da cuenta de eso no entiende la dinámica de la sociedad ni la política de esa sociedad. Yo creo que precisamente porque hay movilidad es que hay esperanza. En ese sentido, estoy convencido de que

las sociedades que producen cambios dinámicos, que evolucionan, que tienen transformaciones profundas, son sociedades con esperanza. Con una cierta movilidad, las personas que son móviles tienen más capacidad de producir lo nuevo también en lo político. Y nuestras sociedades tienen una gran fuerza de movilidad, además de que, como ya mencioné, la misma clase en su conjunto cambia. Éstos son los dos fenómenos que están ocurriendo y a lo que yo hice referencia acá. Entonces quisiera corregir la eventual impresión que hubiera dejado respecto a una situación estática general de las clases.

En cuanto a lo que me planteó Iván Menéndez, que yo sé que se preocupa desde hace tiempo por estas cuestiones, de hecho no mencioné casi a los campesinos quizá por deformación urbana mía. Pienso que dije que en Brasil, los cambios en el agro son muy profundos. ¿En qué sentido se dan estos cambios? Para empezar, por lo morfológico; cuando uno mira los datos hay dos resultados que son contradictorios, impactantes. Primero se incrementa el número de trabajadores asalariados agrícolas llamados *boias goias* en Brasil; no aumenta tanto cuanto se imagina, y los datos que se dan muchas veces son totalmente engañosos, pero crece en forma significativa. Luego, aumenta también mucho la unidad familiar productora, que a veces se llama campesino y que en realidad es el hombre que trabaja con su familia las tierras de otro. Aumenta enormemente, más rápido que el asalariado. Pero cambia un poco el sentido del campesinado porque con la incorporación de la tierra virgen y con la apertura de nuevas carreteras lo que pasa es que el campesino produce para el mercado, el excedente de su producción va al mercado y eso cambia también las relaciones del campesino; se da la monetarización de la economía campesina. En ese aspecto yo creo que Brasil es un laboratorio fascinante; fascinante es un poco cínico porque lo concreto es terrible. Pero es fascinante porque uno puede ver de cerca ahí, en miniatura, lo que pasó en cierto momento en la revolución agraria en Europa; incluso se puede ver, por ejemplo, lo que son las leyes de cercamiento de las tierras. Yo me acuerdo que hace unos 5 ó 6 años

fui a una región del Brasil que se llama Piauí, y aquí hay algunos brasileños que saben realmente que aquello es lo más retrasado que se puede imaginar, lo más aislado. Pues bien, fui a Piauí en la frontera con Maranhao, hacia la selva amazónica; eso es en el norte del país. En ese entonces estaban empezando a entrar las carreteras. La economía era básicamente campesina en el sentido de que la familia trabajaba directamente la tierra. Pero los campesinos trabajaban un poco, como en la Europa histórica, las tierras comunales; o sea había tierras de propiedad de la ciudad, de la prefectura, y eran trabajadas por ellos. Y había tierras de los dueños de las tierras, de los *lords*, que se les asignaba a los campesinos. Bien, cuando entra la carretera y el desarrollo económico entra también la entidad estatal, el ente estatal con su cola, que viene a aportar más gente a los propietarios: la primera condición para que un propietario obtenga recursos de un proyecto es llamar a un economista para que le prepare un estudio para trabajar en forma nueva. Entonces se exige que la tierra sea cercada. Cuando se cerca la tierra se liquida la economía campesina porque el campesino ya no puede tener su ganado suelto, no puede tener sus pollos. El campesino es entonces, digamos expropiado y va a la ciudad. Va a la capital del Estado, Terezina, que es también una ciudad muy atrasada, pero ¿qué hace el Estado, el gobierno? Obras Públicas, engancha al campesino que salió del campo por algún tiempo por lo menos. Así, la modernización implicó la destrucción de la economía campesina. La parte de esa economía campesina que sobrevive tiene cierta posibilidad de acceder a excedentes monetarios porque existe la carretera que le permite acudir al mercado, y vender y porque cuando se instaura la gran unidad productiva se engancha al trabajador asalariado. ¿Qué pasa con el trabajador asalariado? En las zonas más avanzadas, como en el norte de México, yo me imagino que será igual que en la zona de la soya, por ejemplo, en Sao Paulo.

Hay un estudio sobre la ciudad de Assis en el que se señalan cosas interesantes; que el salario del trabajador del campo es igual al salario del obrero urbano, lo que termina con la dualidad, se iguala el salario. Entonces, después de unos 10 ó 15

años, y con la característica que yo he señalado y que repito porque es importante tenerla en cuenta: que Brasil es un país con frontera agrícola y eso cambia mucho la situación, abren nuevas tierras, y el campesino se desplaza hacia la nueva tierra, de la que, nuevamente, va a ser eventualmente expulsado. Esto da idea de que ahí se registra una gran lucha. Hay mucha lucha que no pasa por el circuito político del Estado y del país; los partidos no absorben esa lucha, hablan de ella en su programa, claro, nosotros mismos hacemos los programas y se habla. Pero como estos campesinos no tienen líder, los partidos no absorben su lucha, no es de ahí que se nutren para su pelea política. ¿Quién absorbe esa lucha? La Iglesia. Algún partido de izquierda, alguna organización no partidaria, tal vez. Pero es la Iglesia la que realmente encauza la lucha campesina. Y por eso hay mucha presión sobre la Iglesia en la zona de penetración del capitalismo en el agro, más que en las zonas antiguas porque en las nuevas la Iglesia trata de defender la tierra para los campesinos. Y se establece un diálogo entre el campesino y el Estado vía la Iglesia, para el otorgamiento de tierra. Brasil tiene hoy, aproximadamente un 35% de su población en el agro. Lo cual a groso modo significa unos 40 millones de personas, mucha gente. Ahora lo que me preocupa es que esos 40 millones de personas no tienen repercusión formal a nivel de lo político, de la institucionalidad. No se plantea con fuerza la cuestión de los campesinos. Como consecuencia, existe un serio problema que se agudiza en ciertas regiones; no se generaliza, no pasa al nivel de la sociedad global y me da la impresión de que, de alguna manera, el despliegue de esa sociedad fue tan fuerte que la temática campesina quedó rezagada. La sociedad está preocupada con otras cosas, con el nuevo orden internacional, con el salario del obrero, con la contaminación, con la huelga, con no sé cuántas otras cosas más, por lo que el problema campesino se percibe como muy lejano.

Hay grandes diferencias políticas, porque existen quienes creen que a partir de la presión campesina se hará la transformación. Otros que no, y cuando se mira la situación es difícil tener un juicio salomónico del asunto. En ciertas áreas la

cuestión campesina es lo crucial. Pero seguramente esa cuestión no se generaliza, no se vuelve una cuestión nacional. Yo creo que en parte porque el problema de la nueva frontera absorbe una parte de la presión. Eso es lo que yo puedo decir, así, muy aprisa, sobre la cuestión campesina. No es mi tema realmente, yo estoy muy apartado de eso, pero me interesan las consecuencias de la transformación y veo que eso es lo que está pasando en mi país. No sé cómo será acá en México. En Brasil hay casos también de presión directa de los campesinos en contra de las multinacionales, porque muchas de las empresas lo son, pero esos campesinos no plantean su lucha en términos de una lucha contra la multinacional, la plantean en términos de mejores condiciones de trabajo. Es decir, tampoco los campesinos globalizan el tema. Plantean sus demandas específicas, pero éstas se hallan un poco estancadas. Nunca se ha creado por ejemplo en Brasil un partido agrario. No hay sectores agrarios en los partidos, pero no será por casualidad, porque los políticos normalmente son muy rápidos para percibir de dónde sacar fuerza para sus posiciones y no presentan la cuestión campesina como una cuestión que pueda atraer el interés de la masa. Así es la cosa, es una situación extremadamente curiosa porque es incluso como la cuestión de la segunda servidumbre de la Europa Oriental.

En Brasil tenemos un poco eso, con las multinacionales que producen relaciones de explotación, pero en forma curiosa, simultáneamente con el empuje de la economía urbana industrial, la cuestión campesina se minimiza en la conciencia nacional.

En cuanto al tema de la democracia y la dependencia, ésa es una cuestión extremadamente difícil y central. Porque la categorización más inmediata sigue desigual. Si el país es dependiente, si hay tal tipo de relación económica de desarrollo, si el Estado es omnipotente, y si no sólo es panóptico sino anómico y todo lo demás, si hay todo eso no puede haber democracia, es la primera respuesta. Pero tengo mucho miedo de la interpretación lineal de ese tipo. Miren el caso de Brasil, hace 10 años que este argumento era muy fuerte, o sea, había un argumento de fuerte cariz economicista: hay una acumula-

ción muy elevada y no puede haber acumulación sin aumentar la tasa de explotación, y no se puede aumentar la tasa de explotación sin controlar la presión obrera y desarticular los sindicatos; en consecuencia, el estado militar es la forma que adopta la expansión del capitalismo en su faz monopólica dependiente. Sin embargo, las cosas no pasaron así, sino que sucedieron de un modo tal que hace poco se han agrupado las fuerzas sociales, las fuerzas sindicales se han autonomizado relativamente, se ha dado un proceso de liberalización que es indudable, y no se dio un cambio en el patrón de acumulación. Y lo mismo vale para Venezuela, por ejemplo, donde el patrón de acumulación es igual al de Brasil. Pero la forma política es otra. No creo que se pueda hacer una linealidad en ese aspecto; creo que ahí hay otros fenómenos que deben ser considerados. Concretamente, tenemos el caso de Brasil donde, hasta hace poco, además de existir un gobierno militar, había claramente, una dictadura que no garantizaba ningún derecho ciudadano. Pero por detrás de esas formas políticas, de ese régimen político, de ese modo de organizar, el mismo proceso de transformación económica y social que hemos mencionado produjo una serie de fuerzas que son democratizadoras, primero que nada en el plano social: de pronto, cuando se empieza la liberalización, están ahí presentes los líderes obreros y campesinos y de las capas medias. Y de pronto, en Brasil, de 1977 hasta ahora la sociedad encontró sus formas de existencia que surgieron como hongos, por todos lados.

El número de organizaciones de la sociedad civil es aplastante. Una persona que tenga una cierta presencia en la vida brasileña, hoy tiene una situación de vida extremadamente difícil, por las invitaciones y presiones que sufre para hacer conferencias, ir a la reunión, al mitin, al debate, a la protesta, etc.; esto es lo cotidiano, y no sólo en las grandes ciudades. Lo importante es que tal despertar nació dentro de un régimen autoritario. Porque ese régimen autoritario no fue precisamente capaz de producir un molde totalitario para la sociedad. No tuvo fuerza para proponer un modo de vida legítimo en la sociedad, como que coexistió con una sociedad que no lo acep-

ta. Y en ese sentido la sociedad progresó democráticamente. Progresó; hay condiciones de democratización más amplias. No quiero meterme en sutilezas, pero en México, ¿no será igual? Es decir, pese a que en cierto momento la forma política fue autoritaria, o lo es, la sociedad se mueve, progresa, y eso a su vez incide sobre la forma autoritaria y provoca una liberalización de esa forma. Ahora, leyendo los periódicos aquí, en México, me asusto de tanta democracia. Y eso como consecuencias ¿de qué?, ¿del régimen o de los cambios de la sociedad que proponen desafíos y que el régimen más bien tiene que plantear como representación, a nivel verbal, como mitificación para contrarrestar la presión social real? Entonces, yo creo que hay espacio para la democracia y para la libertad.

Alguien mencionó algo sobre los países socialistas; en un país como Polonia, por ejemplo, o como Hungría, donde el régimen seguramente no es democrático, como forma de política democrática se dio Solidaridad; con las formas que de pronto irrumpen en Polonia, hubo ahí también sus huecos, sus caminos por los cuales la gente mantiene una capacidad de organización, de expansión, de crítica.

Yo nunca me convencí mucho de ciertas teorías sobre la reproducción, de que el Estado controla la ideología y que reproduce, reproduce y reproduce; me parece mecánico. Yo creo que hay modos por los cuales la sociedad reacciona a todo eso. Que pese a lo formal, a lo institucional, se producen cambios. Si no, yo no explicaría nunca los cambios en la opinión pública que ocurrieron en Brasil en 1974, en la época de las elecciones. Por cualquier criterio formal sería imposible imaginarse que hubiera una movilización tan grande de voluntades, y se dio esa movilización. En consecuencia, yo creo que pese a la dependencia es posible todavía imaginarse que existan caminos para la democracia y la libertad. La forma en que es llevada acá y la forma del Estado es más complicada; eso requiere otro tipo de reacción, la que habla del Estado nacional popular. Es un tema que no quiero ni siquiera entrar a hablar, porque requiere otro tipo de reflexión, ¿cuál va a ser la forma de democracia, y cuál la del Estado? Pero yo no creo que se pueda concluir tan fácilmente: si el Estado es depen-

diente, y la acumulación es oligopólica e internacionalizada, no hay espacio para la acción política democratizadora. Yo creo que sí hay espacio.

ROSARIO GREEN

Voy a hacer una pregunta muy breve: una de las cosas que más me interesaron de la presentación de Cardoso fue este énfasis que siempre pone sobre el Estado. Nos dice que dos actores parecen ser los predominantes en este momento: la empresa transnacional, obviamente, y el Estado. Y esto me parece muy interesante porque de las lecturas de sus trabajos o de haber presenciado algunas otras de sus exposiciones, puede deducirse que es un tema recurrente en su preocupación. Él ha dicho, y lo a dicho en otras ocasiones, que quizás los intelectuales siempre pensamos que el agente de transformación tendría que ser el Estado. Un Estado reestructurado, un Estado que reflejara un pacto diferente y que nos diera mayor satisfacción. Ahora bien, por la reseña que ha hecho Fernando Henrique aquí, parecería que ése es el tipo de Estado presente de alguna manera en toda la escuela estructuralista, y que ése es el Estado también presente —un Estado diferente, transformado— pero finalmente un Estado como un actor social importante, en todo el enfoque de la dependencia. Y, sin embargo, parece que no logramos encontrar ese Estado reestructurado o reformado capaz de sacar a nuestros países de un Estado tradicional, de dependencia, de subordinación. A mí me parece que es muy importante el rescate que hace Cardoso de la necesidad de replantearnos, de repensar la cuestión del Estado, porque a veces se tiene la impresión de que se está presenciando ciclos de interés sobre el Estado, y ciclos de repudio al Estado, y uno siempre se queda preocupado sobre qué tipo de calificativos le pondrán a uno si se identifica en un momento dado con la necesidad de reestructurar el Estado, o si se opone abiertamente a cualquier participación del mismo. Por eso me interesa mucho lo que Cardoso dice sobre la necesidad

de replantear o de repensar el Estado, y sobre todo de tratar de plantear una nueva política. Lo que no me queda claro, incluso cuando él propone una utopía socialista con la que de principio podríamos identificarnos muchos aquí, cuáles serían algunos de estos elementos. A mí me parece muy importante preguntarle qué papel va a desempeñar el Estado en esta utopía socialista, y qué otros elementos van a integrar esta utopía para evitar caer en aquella otra idea de que a lo mejor el socialismo, de la manera en que es implementado en otros países, tampoco nos convence; es decir, de que el papel que el Estado desempeña en otros países donde el socialismo no es una utopía, sino una realidad, no nos satisface.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Por lo que toca a la cuestión del socialismo y del Estado, yo no comparto, desde luego, la idea de que el Estado actual de alguna manera es la semilla del Estado futuro. Tampoco creo que un cambio socialista signifique sencillamente un cambio de un Estado que crece, que sea dueño de los sectores productivos y que produzca una gran burocracia. No tengo mucho entusiasmo por eso. Yo sé, sí, que el Estado crece, que se adueña de sus desarrollos productivos y que crea una burocracia. Todo eso es real. E incluso no estoy en contra de que el Estado en ciertos casos asuma realmente esos papeles, porque de hecho es una protección frente a las multinacionales. Es una cuestión efectivamente real que así sea y así es. Ahora, eso no es la semilla de un socialismo, sino bastaría imaginarnos un socialismo capitalista de Estado y burocrático, que a mí personalmente no me gusta.

Entonces, ¿cómo se podría plantear esa cuestión? Desde luego no habría una posibilidad, a mi modo de ver, de una utopía viable y a la vez llamativa hacia la gente, si no se rescatara frente al Estado que va a seguir existiendo e inclusive creciendo, la autonomía de los grupos sociales. O sea, vamos a rescatar con mucha fuerza la idea de que la sociedad, ese tipo de sociedad moderna industrializada, de masas, para que no sea una domi-

nación aplastante, cualquiera que sea la forma del capitalismo estatal, capitalismo privado o incluso socialismo autoritario, requiere para contrarrestar esa posibilidad, una autonomía de lo que se llama la sociedad civil, de los grupos. No un pluralismo en el sentido ideológico, sino un pluralismo en el sentido real de que los grupos sean capaces de plantearse autónomamente. ¿Pero qué es lo que esto significa? No a nivel de la conciencia solamente, de la representación de intereses, sino a nivel del control de parte del sistema. Por eso digo que hay que repensar al Estado en ese sentido: ¿por qué razón una institución estatal tiene que estar controlado sólo por la burocracia del Estado? No hay ninguna razón, la idea que yo tengo sería, no un organismo estatal, sino público, el control de lo público. Aquí a lo estatal como que se le olvidó lo público, entonces habría que buscar una forma de volver público lo que es estatal. No es volver privado lo que es estatal, que son las formas nacionales clásicas, sino volver público lo que es estatal. ¿Cómo se realiza esto? Sólo se da en una sociedad civil muy activa con representación directa en lo estatal. Tal vez habría que fundir la teoría clásica democrática del siglo XVIII con nuestra situación actual. ¿Cómo lograrlo? Insisto en que de ninguna manera estoy proponiendo que se elimine el parlamento, pero sostengo que éste tendría otras funciones. Reconozco, sin embargo las enormes dificultades para que se mueva un poco el pensamiento en la dirección de algo que sea no nuevo por ser novedoso, sino porque dé respuesta a las posiciones que hay. En este momento, por lo menos en mi país, lo que yo veo es una dicotomía: ¿dónde está la movilidad, el pueblo, la conciencia de interés social? Está por un lado. ¿Y dónde está el Estado? Está por el otro. Creo que eso es un error, y que si no se encuentra una forma de vinculación, las retóricas sobre el Estado bueno serían simplemente eso: meras retóricas.

El Estado es actor hoy, pero en el futuro, como utopía, no tiene que ser el actor, tiene que ser el escenario, tiene que ser el espacio donde se dé la acción. La burocracia, que es parte del Estado, es a la vez también grupo social y tiene sus intereses que tendrían que estar representados. Ésta es una cuestión complicada porque requiere una teorización nueva; también

una teoría del Estado nueva, una teoría nueva de lo político. Y desde el punto de vista marxista, es bien sabido, se ha avanzado muy poco en esa materia. Muy poco porque de hecho la utopía del fin del Estado frenó el avance; al acabarse el Estado, la teoría política marxista dejó de existir; al liquidar al Estado se liquidó la posibilidad de pensar esa cuestión en lo teórico y la representación se ha replegado hacia una pura maniobra de la clase dominante.

ALICIA PUYANA

A mí en particular me acosa un poco la inquietud de si no ha habido tal vez una interpretación parcial de las experiencias y de la teoría sociológica y económica del desarrollo. Es cierto que en muchos países la industria si fue una transformación a la democracia a través de muchos períodos muy oscuros, no democráticos, y que hubo también países que emprendieron la transformación a través de la industrialización mediante la imposición de métodos autoritarios y nada democráticos, como Japón, Alemania, Italia. Y por qué, cuáles son las razones de que ciertas capas intelectuales y políticas de América Latina continúen con esa visión tan optimista de la transformación a través de la industria y del Estado también como un elemento positivo.

Pero esto me lleva a una segunda inquietud, que se refiere a cuál es el papel que están desempeñando en este momento las empresas no vinculadas estrechamente al capital extranjero, porque no creo en el panorama de Brasil como en el panorama de ningún país de América Latina; la producción está polarizada entre el Estado y las transnacionales, hay también un vasto sector de pequeña y mediana industria nacional. ¿Qué papel político están jugando? ¿Qué escenario tienen si van a la zaga de las reivindicaciones de estos obreros tan militantes de las transnacionales? ¿Cuál es el papel de los obreros en el sector estatal? ¿Qué espacio político tienen en el futuro? Y luego, para complementar la pregunta de Rosario Green sobre cuáles son los contenidos de su utopía socialista, yo

quisiera pedirle que incluya en su explicación sobre esta utopía, cuáles serían los elementos de la política internacional de América Latina o del país que logre llegar a este nuevo Estado socialista.

En este momento, si vemos el panorama de América Latina donde, como usted muy bien señalaba, las transnacionales están entrando profusamente en todo lo que ahora se está desnacionalizando, no veo cuál puede ser una política internacional que haga esa ligazón entre la política nacional y la política internacional. Y esto está ligado con aquello de título inmenso de nuevo orden económico internacional.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

En primer lugar, en cuanto a la industrialización, es un hecho que está por una parte vinculado a la idea de progreso, que es la gran utopía formadora de horizontes del pensamiento del siglo XVIII, y una necesidad de creer en el progreso. Y en un país como Brasil, donde la influencia positivista (y en México también) fue fuerte, la idea de progreso es central. La gente cree que hay progreso, y éste se materializa expresamente en la industrialización. De ahí que la idea de la industrialización aparezca como algo tan fuerte en nuestros países. Se ignora, sin embargo, o por lo menos se propone ignorar a fin de que el mito se mantenga, que la industrialización produjo, además, una serie de barbaridades por todas partes del mundo. La relación directa entre industrialización y democracia no existe, ella plantea condiciones. Pero, en realidad, no hay ninguna garantía de que la industrialización *per se* genere democracia. Lo que sí es cierto es que la industrialización genera formas de sociabilidad distintas, que son, en términos generales, más favorables a una democratización. Pero el cumplimiento de la democratización no va a depender del proceso de industrialización, sino de la lucha política y de la lucha de clases. Pero sigue esa utopía industrializadora. La gente no puede vivir sin algún tipo de utopía. Yo mismo ¿no estoy hablando de una utopía socialista? Uno tiene necesidad de

creer que hay una negación posible, que se puede tender hacia algo mejor; y la gente cree que la industrialización es algo mejor. Ahora parece darse un contramovimiento, las teorías de nuevo desarrollo postulan lo contrario; la industrialización es mala por la contaminación, etc., etc., pero al lado de éstas se da una ideología que plantea que hay que industrializarse; se trata de una ideología no reaccionaria, sino supraprogresista.

En cuanto a los industriales pequeños y medianos, claro que son la mayoría, pero no tienen mayor importancia en la dinámica económica porque están de alguna manera supeditados a la gran empresa, y son pocos los grandes empresarios locales que no se declaran nacionalistas o nacionales o que no dependen del Estado en algún grado, porque hoy en cualquier economía capitalista el Estado funciona como regulador del sistema, pero también como productor y como un gran consumidor. Aparece también como elemento esencial porque de hecho no es posible más la reproducción amplia del capital sin la intervención del Estado. El Estado está en todas partes. El sector de producción de bienes de equipo, por ejemplo, depende de las compras que el Estado induzca. No en balde los empresarios privados se declaran nacionalistas, progresistas, hacen discursos, y apoyan muchas de las acciones del Estado porque al final dependen mucho de él. Esto plantea la cuestión de qué Estado es éste, de quién depende de ese Estado, si los demás dependen de él, de quién depende él, pero esta cuestión es reversible. El Estado cumple la función de capitalista colectivo, y organiza ese tipo de distribución de la producción. Pero no tiene (en nuestras categorías sociales) autonomía posible desde el punto de vista global. Tiene, sí, peso político en la coyuntura. De ahí que no deba confundirse el análisis estructural con el peso político que en la coyuntura tiene. Y en muchas ocasiones, y debido a esas coyunturas, se cree que el Estado está del lado de los grandes empresarios, y los que se creen pequeños, intentan a cada rato hacer alianzas con las capas medias, pero después, cuando se democratiza el proceso político y las capas medias se vinculan al pueblo, esos mismos empresarios pequeños se van al otro lado. Cumplen el papel de lo que antiguamente se atribuía a la pequeña burgues-

sía; son ellos, son los empresarios nacionales. La verdadera pequeña burguesía simbólica de nuestros días son los empresarios nacionales, que están ahí entre los grandes empresarios y el pueblo y que no tienen una línea firme, aunque al final son siempre nacionales, a mi modo de ver.

En cuanto al nuevo orden internacional y la forma como afectaría al orden real, cabe señalar que la coyuntura cumple aquí un importantísimo papel. Por ejemplo, es un hecho que el Estado brasileño se vio en la contingencia de cambiar su política internacional a partir de la crisis energética. La cambió por ejemplo en África, y concretamente frente a Angola y Mozambique. Es más, recientemente, el Presidente llegó a declarar en Colombia que no aceptaría la intervención en El Salvador. Se puede argumentar que son sólo palabras, pero las palabras tienen peso, en especial si vienen del Estado. No es el idioma del Presidente, es el Estado quien está de alguna manera hablando. Y eso en un país como Brasil, donde el orden interno no tiene nada que ver con el socialismo ni mucho menos. Fue, pues, el peso de intereses de la nación, del Estado, que llevó a la política externa brasileña a cambiar a tal dirección. Imaginemos lo que podría pasar si además ese Estado fuera la expresión de una sociedad socialista.

Es un hecho que hay fuerzas en el mundo de gran importancia local. Los estados del Tercer Mundo, aun cuando no sean más que nacionalistas y no lleguen a ser socialistas, se mueven en formas muchas veces contraria a los intereses de los Estados imperialistas y no imperialistas del Primer Mundo. Esto no permite ver que existe la posibilidad de imaginarse un tipo de acción de política internacional que sería efectivamente más favorable a un cambio interno, que podría incluso llegar a proponer un estilo diferente de desarrollo que lleve al fortalecimiento de una sociedad de nuevo tipo.

MARÍA LUISA TARRÉS

A mí me preocupan realmente las generalizaciones, y creo que hay que referirse a los sistemas de dominación más o menos

directos. Yo quería hacerle una pregunta a Fernando Henrique Cardoso en el sentido de hasta qué punto las características que él ha señalado de Brasil, son características de una sociedad nueva que se está haciendo donde las transnacionales y las empresas son los actores principales, y hasta qué punto es el resultado de una sociedad que ha vivido una dictadura. Siento que si vemos la fase de desarrollo del capitalismo en Brasil y su relación con el Estado o los sistemas de dominación en general, y la comparamos con México, llegamos al resultado de que los dos casos representan un gran éxito de industrialización, mas sus formas de legitimidad, de dominación, aunque ambas sean autoritarias, son diferentes: una trata de desmovilizar, la otra de integrar y movilizar. En esa medida, si bien a nivel estructural uno puede pensar a grandes rasgos a nivel de las sociedades concretas, siento que es un poco exagerado y que las diferencias institucionales del desarrollo son claves para el análisis de las sociedades dependientes. Finalmente, quería preguntarle sobre el papel del Estado. Como chilena tengo presente que el desarrollo de ese país también se hizo a través del Estado. En nuestras sociedades dependientes, desarticuladas, el Estado es el único que controla el desarrollo y unifica a los diferentes actores sociales. ¿Qué diferencia ve usted entre el Estado chileno y los otros latinoamericanos, porque me parece que usted sugirió la idea de que Chile es una sociedad europea muy estratificada, donde el Estado era un actor más y yo siento que el peso que el Estado tenía en la sociedad chilena era muy grande y que usted exageró pensando en el papel del Estado actual.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Yo creo que la comparación entre México y Brasil es muy interesante. Yo me estoy refiriendo al plan estructural y al plan de la sociedad, y claro que exageraré para ver, en la forma más tendencial posible, lo que va a pasar. Creo que a este nivel hay elementos suficientes para decir que las pautas son muy semejantes. Creo además que lo que pasa a nivel social en México

no es muy distinto de lo que pasa en Brasil, a nivel de la formación de las clases. Claro que las clases no son el producto puramente de una relación económica, hay toda la relación de la representación de la conciencia, de lo político, y eso no entró aquí; aunque es ahí donde se manifiestan las diferencias. Pero en cuanto a las consecuencias generales de la pauta actual de industrialización, yo diría que México está más cercano a Brasil que Brasil de Chile, o que Brasil de Argentina. En el pasado no, entonces Brasil estaba más cerca de Argentina; ahora no sólo México, sino que inclusive Venezuela van a estar más cercanos a Brasil que éste a Argentina y a Chile. Por tanto creo que hay ahí una diferencia real, estructural.

La industrialización no es una consecuencia de la forma política de la dictadura en Brasil, sino inclusive se da a despecho de la propia dictadura ya que ella no tiene mucho efecto sobre la forma actual de expansión capitalista. Es cierto que ésta se da a veces con regímenes dictatoriales, pero no es siempre así. En Venezuela no lo fue. Ahora, cuando uno mira la política hacia el capital extranjero, la política de salarios, la política cambiaría, se da uno cuenta de que hay una serie de políticas que son extremadamente semejantes, a despecho de las diferencias del régimen; y en lo que es diferente el régimen, destacan: la tortura, la cárcel, etc. Eso sí, la forma de control del modo como se están produciendo las políticas de reproducción de la sociedad y del capital, son muy semejantes en estos países. Yo creo que eso es lo que hay que rescatar. Esto no quiere decir que no sea importante lo otro, lo institucional. Claro que la posibilidad de democratización va a ser distinta en cada sociedad concreta, y en este caso no cabe ninguna duda que las diferencias son grandes y marcadas. Creo que incluso si una dictadura es militar o no, ya introduce una diferencia grande que hay que rescatar, que tomar en consideración, pero, yo no estoy analizando las formas concretas de la sociedad, sino las pautas estructurales de la misma.

Ahora, en cuanto a lo de Chile, de hecho el Estado en Chile tenía las características que usted mencionó y lo que sé es que de todas maneras ese Estado era legitimado por la vía democrática tradicional. El Estado en Brasil que hacía la interven-

ción, como lo hacía el de Chile, no estaba legitimado por la vía democrática. Vargas no tuvo ninguna legitimidad democrática de 1930 a 1945 y, sin embargo, el Estado varguista fue el Estado que cumplía perfectamente bien las funciones de integración, sin legitimación democrática. En Chile, el Estado también las cumplía, pero necesitaba de la legitimación democrática. Otra cuestión es saber cómo fue posible destruir al Estado chileno, y no al Estado brasileño. La dictadura brasileña, con una ideología aparentemente transnacional, la primera que planteó la doctrina de seguridad nacional, los nuevos métodos del *shock* eléctrico, etc., lejos de "pastorizarse" como temía o sugería Furtado, lejos de convertirse en un país de pastores, ofreció una situación en que pese a que la ideología era ésa, el Estado actuó de otra manera, se robusteció, se fortaleció. ¿Por qué? Por varias razones, pero una de ellas quizás ya fue mencionada: el peso mismo de la estructura empresarial estatal era muy fuerte, y los intereses empresariales de la burocracia estatal eran muy poderosos, e incluso se vinculaban a la burocracia militar; desnacionalizar el petróleo, desnacionalizar el sector de acero que es nacional, desnacionalizar la petroquímica, era muy difícil porque había intereses concretos de la burocracia puestos ahí.

El Estado chileno no llegó a eso, la CORFU (Corporación de Fomento de la Producción) fue muy importante en la cuestión de la planeación del desarrollo, pero no tanto en la producción directa en Chile. El grado de avance de la industrialización en Chile no es comparable con lo que era la de Brasil en el año 1964; era mucho menor. De ahí que fuera posible desarticular esa tendencia del Estado. Esto no significa que el actual Estado chileno no esté cumpliendo sus funciones, porque ésa es una utopía no realista, una utopía en el mal sentido de la palabra; imaginar que se puede liquidar al Estado. No se puede. Ni los que son partidarios de la apertura máxima de la economía liquidarán al Estado. En todo caso, lo que se anula son sus funciones productoras, mas no las funciones controladoras. Éstas se someten al interés del grupo exportador-importador.

Quisiera enmarcar mi pregunta en algunos elementos que Cardoso ha diferenciado, a mi juicio, correctamente y creo son muy importantes. Yo creo que en la coyuntura actual de 1981, y en esta década, es muy importante diferenciar el modelo brasileño y el modelo mexicano respecto de lo que está sucediendo en Chile, Argentina y Uruguay. Una pregunta que hizo Rosario Green fue cuáles eran las limitantes internas, las condicionantes internas, para movilizar el sistema a ese modelo utópico realista que usted mencionaba. Entonces habló usted del Estado como ente transformador, el cual no se debería convertir en el único actor sino finalmente en el de escenario, para lo cual era fundamental que la sociedad civil tuviese la autonomía necesaria.

Ahora, yo quisiera preguntar en esta coyuntura de 1981 y en esta década, específicamente para Brasil y México, ¿cuáles son las condicionantes y limitantes del contexto internacional? ¿Qué hará Estados Unidos frente a ese tipo de modelo utópico realista con características socialistas? ¿Qué sucede en los casos de Argentina, Uruguay y Chile donde creo que la limitante interna es precisamente su modelo, la regresión al modelo clásico de libre mercado, de libre comercio, que los está llevando necesariamente a un sistema de una u otra manera más represivo y autoritario? Creo que en esos países, independientemente de lo que pasa en el ámbito internacional, sus políticas y sus condicionantes internas van a ser suficientes para no movilizarlos hacia un cambio y un modelo utópico

Pero, en cambio, la situación de México y Brasil puede ser diferente, y probablemente en México más diferente en virtud de su posición energética y petrolera. Sin embargo, también está muy claro que el contexto internacional en el área económica se va a endurecer; el estancamiento, la inflación y el neoproteccionismo se han afianzado en los países avanzados, tanto en Europa como en Estados Unidos, y es de esperarse que el panorama político y el económico se endurezcan cada día más, sobre todo a medida que en Estados Unidos se avanza en la regresión al modelo clásico según intenta Reagan, a

pesar de que esto, obviamente, no lo va a sacar del problema. Aunque temporalmente tenga a diferencia de Inglaterra una variante importante, Estados Unidos tiene un gran sector de empresas públicas que son las empresas militares. El consorcio industrial-militar puede perfectamente florecer en una economía de libre mercado, en donde el Estado, el ministro de la Defensa y el presidente del Congreso pueden dictaminar que se va a gestar más en el sector industrial-militar, que cuenta además con una demanda efectiva natural que garantiza la exportación por el Estado, etc., por lo que por un buen rato se convierte en algo más que un buen sector, en eje dinámico de la actividad económica. Esto implica precisamente una actitud militar que está ligada a lo económico, más endurecida. Y esto se ha visto claramente en los casos de Brasil y México a los que se empieza a tratar con una política mucho más dura en el comercio: tal conclusión se obtuvo en la Ronda Tokio y en el nuevo GATT, en donde ya Estados Unidos integró a su política de comercio, en su ley de comercio de 1979, el concepto de graduación. Piensan que México y Brasil ya alcanzaron un estadio de desarrollo suficiente para no tener preferencias y, en este sentido, se les puede tratar como países avanzados. Prueba de ello son los recientes cambios en una serie de productos en el sistema general de preferencias, y es muy probable que la política sea que México y Brasil acaben por quedar fuera de este tipo de sistema. Entonces, en este contexto yo quisiera preguntar, ¿cuáles son los límites reales que se establecen en este horizonte para 1990, en esta década, a las posibilidades del cambio hacia el modelo utópico realista que mencionaba usted?

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Bueno, ya todos sabemos que la década se pronuncia muy negativa en general. No solamente por la cuestión que me expuso de la crisis que es real, sino porque el tono de la política estadounidense es muy negativo y existe una oleada derechista en Europa, ya que la opinión pública europea también se fue

hacia la derecha al igual que la estadounidense. ¿Qué efectos tendrán esas presiones de afuera? Desde luego algunas limitaciones muy fuertes, pero la política no es cosa de apretar un botón y saltar, yo creo que puede tener un contraefecto también. Creo que, y voy a repetir aquí la expresión de un exministro del señor Geisel y que hoy es uno de los más brillantes miembros de la oposición, Severo Gómes, que dijo lo siguiente: "¿Por qué tanto empeño por un nuevo orden internacional si para nosotros lo bueno es el desorden?" Hay algo de verdad en eso porque un nuevo orden significa que la dominación se ha articulado; en este momento estamos en una fase en que hay una gran desarticulación, y yo diría que la posición estadounidense es una respuesta a su pérdida de influencia. La derechización es una búsqueda de un nuevo equilibrio porque perdieron el antiguo. Ahora, si nosotros sabemos eso no deberíamos apurarnos mucho con esa cuestión; cuanto más desorden haya mejor será. Claro que no vamos a producirlo nosotros, pero es claro que ellos no tienen hoy capacidad de controlar los conflictos que se dan en todas partes del mundo: en África, en Centroamérica, etcétera.

Por otro lado, está la Unión Soviética, que tiene sus propios intereses y estrategias. Está también toda la presión de la izquierda estadounidense y su impacto a nivel mundial. Y ante todo esto Estados Unidos reacciona con un vocerío tan fuerte que no es un síntoma de fuerza sino de debilidad. No quiero decir que Estados Unidos sea un tigre de papel, porque eso es peligroso, pero de hecho hay que tomarlo con calma. Si está gritando tanto es porque tanta fuerza no tiene, y voy a darles un solo ejemplo: hace muy pocas semanas, Washington envió a Brasil un emisario. Este emisario era el hombre que durante la guerra fue el oficial de enlace entre la fuerza brasileña y la fuerza estadounidense y que después fue el agregado militar de Estados Unidos en Brasil cuando el golpe de 1964. Este hombre está muy vinculado a todos los militares brasileños porque estuvieron juntos en la guerra, se tutea con los generales y presidentes, habla portugués, yo no diría que como yo, pero mucho mejor que como yo hablo el español. Este señor había sido, además, vicedirector de la CIA, Vernon

Walters, pero cuando llegó a Brasil, la prensa lo liquidó. Dejaron que los periodistas hablaran con él, por la radio, en vivo, directamente, y manifestaron una insolencia realmente inaguantable. Walters no tenía argumentos frente a tanta presión y tanta insolencia de los periodistas, y se veía, además, que ahí había el apoyo del gobierno porque liberó demasiado la cosa y salió todo el día siguiente en la prensa, y el hombre no tenía cómo defenderse de ciertos detalles de importancia a veces menor pero que de alguna manera crean una imagen. Y en seguida ¿qué hace el Presidente brasileño? Va a Colombia y declara que Brasil no está de acuerdo con ninguna clase de intervención en El Salvador. Bueno, la verdad es que hace años esto no sería posible. Estados Unidos envía un hombre vinculado aparentemente al *stablishment* brasileño, y este hombre sencillamente no tiene éxito.

Entonces ¿por qué habremos nosotros de pensar que vamos a hacer todo lo que Estados Unidos quiere? Creo que es el momento de plantear otras cosas, aprovechando la actual coyuntura. Con eso yo no quiero decir que las posibilidades de un cambio profundo en esta década sean visibles. Pero debo decirles una cosa más; que desde hace mucho estoy convencido de que los científicos sociales sabemos muchas cosas menos una: que es prever el cambio. Yo siempre cuento una anécdota: en París me encontré con Furtado y con Luciano Martins (un sociólogo brasileño), y llegó un amigo nuestro para almorzar, un exministro de Goulart, y nos preguntó "¿Y aquí que pasa?" Y nosotros bajo el control de Furtado que sabía todo sobre Francia: "No pasa nada." Yo era profesor en la Universidad de París y todo esto pasaba en febrero o marzo de 1968. Bueno, y no pasaba nada realmente. Yo estoy seguro que en Polonia 15 días antes de la gran huelga, no pasaba nada. Así que, es un hecho, no somos capaces de prever el cambio. Entonces, si no podemos con seguridad preverlo, ¿por qué prever el no cambio? Yo creo que ésa sería una actitud reaccionaria. Y puedo decir que no tengo ningún elemento que me garantice que haya un cambio favorable, pero estoy seguro que eso no significa nada, y que puede incluso darse un cambio favorable. Si nosotros queremos el cambio, si no-

sotros queremos no solamente hacer un análisis científico sino actuar, tenemos que tener una posición firme, favorable, para que en algún momento, de pronto, se produzca el cambio. Aun reconociendo que no tenemos hoy teorías generales sobre el cambio, yo tengo una que se llama del corto circuito. El corto circuito que de pronto prende fuego la casa. Ahora, ¿por qué o dónde se va a producir ese corto circuito? Yo dudo que algún científico lo sepa. Después, *ex post*, se concluye que en el eslabón más débil; primero fue Irán, luego Nicaragua, ahora va a ser algún otro, pero, en todo caso, nuestra respuesta es siempre *ex post*.

PREGUNTA

De la exposición me surgieron algunas dudas, y voy a centrarme en un tema. Estoy de acuerdo con la distinción entre los modelos que tenemos de Argentina, Chile, Uruguay por una parte, y México por la otra; estoy también de acuerdo en que presentan organizaciones sociales distintas, pero lo que en mi opinión no quedó tan claro es cuán distintas son esas organizaciones; por el contrario, yo incluso veo grandes coincidencias entre esos países.

Por ejemplo, el caso de la emergencia en Brasil de una nueva clase obrera, me recordó casi textualmente hipótesis acerca de las dos clases obreras en torno a alguna explicación de la emergencia del peronismo, es decir, la clase obrera de origen emigrante europeo, con organización sindical, cierta experiencia en el socialismo, en el anarquismo y los cabecitas negras, que en este momento serían los que vienen del noroeste en el caso de Brasil. Es decir, esa diferenciación, la diferenciación de la clase obrera, no aparecería como un elemento diferencial entre estos dos modelos. Por otra parte, el hecho de que los asalariados de las capas medias adquieran un comportamiento como obreros, que hagan huelgas y demás, me parece que fue una característica no sólo de fines de los sesentas y principios de los setentas en el caso argentino, sino también años antes en Chile y otros. Entonces me pareció que las pruebas que se dieron para la afirmación acerca de la diferente organización de clases sociales, justamente apuntaron a similitudes.

Si eso es así, si es cierto que si bien con temporalidades distintas hubo procesos similares de diferenciación de las clases sociales, ¿qué es lo que nos explica la posterior diferenciación entre los modelos, que yo creo que es totalmente válida?

Me parece que tal vez el problema está en la manera en cómo se introduce en el análisis a los llamados sectores populares, por decir algo. Pienso que tiene algo que ver con la ausencia de nuestro análisis del problema de los campesinos. Al hablar del caso de Brasil, a mí me dio la impresión de que no hubiese habido una movilización política de los campesinos. Así me parece que ha habido en el análisis una suerte de despolitización que va paralela a la importancia del peso de las burocracias. Esto tiene, me parece a mí, serias consecuencias. El Estado aparece como un Estado administrador, como burocracia. Es decir, no se ven las funciones políticas del Estado o el Estado como un aparato de dominación, en relación al conjunto de las fracciones sociales que si se han incorporado en el análisis. Entonces, parecería que de pronto estamos ante una sociedad que administra a través de negociaciones entre burocracias. Y dentro de esas burocracias, la burocracia estatal y la burocracia multinacional serían predominantes. Puesto así el análisis, me parece que podría comprender algunas de las cuestiones que diferencian realmente los modelos sudamericanos, del Cono Sur, de los otros dos países que mencionaron. Uno de esos elementos, que dada la organización de la exposición ha estado ausente, sería lo que podríamos llamar las características de las luchas sociales realizadas en esos países. En el caso de Argentina, yo creo que es bastante claro el análisis desde el año 1966 hasta 1976 de cómo se intenta la implantación de cierto modelo de desarrollo y que es el conjunto de luchas sociales lo que impide su desarrollo, y que a consecuencia de eso se produce una militarización del conjunto de la sociedad y de las luchas sociales que lleva a una política de desaparición física y a una política bélica, aun en las palabras de los mismos que normalmente esconden estas cosas. Entonces pienso que es difícil entender las diferencias si no entendemos o si no pensamos en las características de las luchas sociales y de los actores de esas luchas sociales. Y por el contra-

rio, me pareció que el análisis dejaba de lado a este tipo de actores, e insisto, presentaba algo que a mí me parecía como un análisis despolitizado, administrativo.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Me parece muy oportuna la crítica, que vamos a aclarar un poco. O quizás a cambiar. Déjeme primero expresar lo siguiente. Yo no hice el análisis de la lucha social porque no quería hacerlo. Si uno lee *El Capital*, primer tomo, no hay nada en él sobre la lucha social, pero absolutamente nada. Porque no siempre se puede volver al punto de partida que es la lucha de los contrarios. Pero yo creo que hay que explicar también esa lucha, por qué se da así. Yo quería apuntar hacia algunos elementos estructurales, que muy mediatizados pueden quizás explicar las perspectivas políticas distintas que se producen. Por eso no hablé de las luchas sociales, no por no considerarlas, sino porque yo creo que hay que aclarar ciertas cuestiones antes, porque si no se hace una especie de petición de principio, no se explica nada más que por la lucha. La lucha se da en un cierto marco. Mi preocupación es justamente qué marco es éste. Por esta razón me preocupa más la primera parte de sus preguntas que la segunda. No es qué la segunda no tenga importancia, es que no es el momento para mí de tratarla. En cuanto a la primera, mi respuesta es la siguiente: probablemente no fui claro en la exposición. No creo que de golpe una formación social que se constituía a partir de un determinado movimiento del capital desaparezca y surja otra, no es así. Claro que en este caso habrá mucha similitud entre Brasil, Argentina, México, Chile, Uruguay, porque tiene que ver con procesos que son recurrentes, que están en estos países. En otros casos esto no es así. El ejemplo de los cabecitas negras encauzaban un movimiento que es el movimiento peronista que tenía una cierta expresión nacional popular, pero eso no tiene nada que ver con el movimiento de las huelgas de Sao Paulo, que no se encauzan en ese contexto ni van con dirección a lo nacional; se restringe su discusión a lo específico dentro de la fábrica, o a lo sumo van a la comuni-

dad, que es una categoría que antes no aparecía, pero lo nacional no está presente. Así, la única similitud es que los cabecitas negras vienen del interior y los obreros de Sao Paulo vienen del noroeste. Pero esa similitud es formal, la relación se pone en un contexto que a mi modo de ver es otro. Es obvio que en Chile hubo en las capas medias alguna movilización de ese tipo, lo que es novedoso para el caso brasileño, es que de pronto las capas medias, ciertos tipos de ellas, se relacionan en sus reivindicaciones como asalariados.

Ahora, naturalmente ni Chile siquiera, para no hablar de Argentina, están cerrados a lo que está pasando en el mundo. No es que México, Brasil, Venezuela, Colombia hicieron un tipo puro, y Chile y Uruguay otro. No, hay en la formación misma un poco una cuestión de predominancia. A mí lo que me interesa es el corte que yo creo que existe y va a afectar a todos estos países. Va a afectar a Argentina, a Chile, a Uruguay y a todos porque se trata de acciones del gran capital monopólico, nada más que en los varios casos ésta va a actuar distintamente. ¿Por qué distintamente? Por el peso de los condicionantes históricos y no estructurales. Simplemente porque en Chile bien o mal hay una capa obrera que se formó de un cierto modo, hay una tradición de lucha de una cierta manera, hay un partido comunista, hay un partido socialista, y todo esto no existe en Brasil. El peso de esos partidos en Brasil es cero o tiende a serlo pues es muy pequeño. No van a reaccionar de la misma manera que en Chile o tampoco como en la tradición peronista. Hay factores de diferenciación que van a contar en la lucha. Y parece que lo que va a caracterizar a una sociedad no es el promedio social de los rasgos que ahí están, sino cuáles son los rasgos que a pulso hace la vanguardia, los puntos del lanzamiento de la transformación.

En cuanto a los campesinos, si no los incluyo no es porque yo no quiera, sino porque la desunión fue antes de ese proceso que yo analizo.

Es un movimiento del pasado que vuelve pero que no cumple ningún papel político, porque la situación ha cambiado, los soportes de su presencia han cambiado. Y fue un movimiento muy fuerte en las zonas de la pequeña propiedad, más

bien del nordeste. Desde un punto de vista estructural, no de movimientos políticos, los campesinos son formaciones que no tienen perspectivas de avance. No es eso lo que da lo nuevo. Van a estar ahí luchando y luchando, van a encauzarse con otras luchas, pero no constituyen el acicate del futuro del conjunto de la sociedad. Es por eso que yo digo que no constituyen una fuerza social capaz de poner en jaque al conjunto. Pueden causar conflictos y problemas graves, pero nada más.

Por fin, en cuanto a la cuestión de la despolitización del Estado, no es mi concepción, al contrario, yo dije que el Estado se ha vuelto el articulador de las posibilidades del desarrollo del capitalismo, de la reproducción, y que produjo conflictos a todos los niveles. Mi visión de la sociedad que emerja, no es de una sociedad burocrática en el sentido de no conflictuar, de administrar, sino una donde se generaliza el conflicto. No tengo una visión tecnocrática administrativa del proceso, sino precisamente lo contrario. Y también a lo mejor no fui muy claro; no pienso que sea un Estado administrador, no, es más importante que eso. El capital, todos lo sabemos, es una relación social que involucra dominación. El que sea el Estado el eje fundamental para sostener la reproducción amplia de ese capital, significa que obviamente es el eje fundamental de la dominación. Y eso lo quiero dejar bien claro para que no haya equívocos en cuanto al modo como yo lo veo. Yo creo que al contrario, son sociedades donde el conflicto se generaliza. La dificultad no está ahí, está en lo que yo planteé en que se generaliza pero no se ve todavía cuál es el eje de organización de este conflicto capaz de proponer, perdonen otra vez una pedantería, la negación de la negación. Ésa es la cuestión.

Y creo que no se puede hablar de actor con propiedad, si no se tiene realmente la explicación de por qué alguien desempeña un cierto papel. El actor es una expresión con libertad literaria, pero no es un concepto. Es una referencia empírica a grupos aquí o allí. Cuando en *El Capital*, Marx hablaba del capital, del capitalismo, del proletariado, se podría pensar que ahí sí se refería a actores concretos. Si yo no tengo un análisis que me permita identificar el tipo de razonamiento social, cuáles son los conflictos y hacia qué apuntan, yo no

tengo actores, tengo muñecos, porque no sé cuál es la lógica de su movimiento. Creo que necesitamos más análisis de fondo, para que podamos hablar de lo contingente, de lo político, de la coyuntura con más rigor. Ésta es la razón de mi repliegue en la presentación.

JUAN CARLOS BOSSIO

Yo voy a permitirme hacer un comentario y después una pregunta, en relación con la utopía a la cual se refería Cardoso Marcelo García, al comenzar la serie de preguntas subrayó la importancia de la crisis, y sobre el tema de la crisis después han venido otras preguntas y algunos comentarios del mismo Cardoso. Dado que el análisis de la crisis y sus repercusiones en nuestros países puede ser realizado de diversas formas, una de ellas podría ser viendo el desarrollo del capitalismo como un desarrollo atravesado por modos de acumulación interrumpidos por grandes crisis o crisis de estructura, luego de las cuales procede un proceso de restructuración del capitalismo. La primera gran crisis o crisis de estructura del capitalismo, es evidentemente la de 1848. En alguna medida su solución, al menos en el caso de Alemania, se encuentra íntimamente ligada con la forma como se integra a la clase obrera el desarrollo de la socialdemocracia bajo el pensamiento de La Salle. O aquella gran crisis que termina por los años treinta y que da lugar al *new deal*. Es probable, yo no digo posible sino probable, que estemos nosotros atravesando una gran crisis de las mismas características por su importancia, repito, no porque tenga específicamente las mismas características que de 1848 o de 1930. Asimismo estoy de acuerdo cuando Cardoso señala que es posible que venga un proceso de restructuración que permita una nueva fase de acumulación del capital. Pero él mismo se encuentra con algunas limitaciones, puesto que nos dice que la innovación tecnológica va a permitir que venga un rápido proceso de acumulación, pero después nos dice. "Reagan se equivoca, este regreso a las leyes del mercado puede frustrarlo." En realidad, no se trata solamente de eso, el análisis es un poco más complejo. Pienso que debe ser

hecho en términos de modos de acumulación y de modos de regulación del capital; es probable que luego de esta crisis —algunos hablan de que hemos ingresado en una fase que puede durar muchos años— venga una reestructuración en la cual la misma forma de extracción de plusvalía, las relaciones entre secciones productivas, la división internacional del trabajo, los procesos de trabajo, la competencia entre capitales, el problema del equivalente general, es decir, de la moneda, la misma forma de intervención del Estado, cambien sustancialmente y repercuta eso en mayor o menor medida en nuestros países. Por regla general, nosotros vemos el análisis de la crisis en términos coyunturales ¿qué pasa ahora? Y no estamos viendo nosotros el largo plazo; el largo plazo pasado en alguna medida nos puede orientar con respecto al largo plazo futuro. Sin embargo estoy de acuerdo con Cardoso cuando dice que las posibilidades del error son bastante grandes. Estas transformaciones que podrían darse o no, van a modificar fundamentalmente, en el caso de que se den, las formas políticas en nuestros respectivos países. Y estoy de acuerdo con él cuando señala que la relación entre economía y política es compleja, que no hay que ser unilineales, que no hay que ser deterministas. Pero alguna relación existe.

En este sentido mi pregunta es ¿en qué medida piensa él que estas transformaciones que podrían venir (y sobre todo en el caso de que no vinieran), podrían condicionar la formulación y la realización de este proyecto de utopía que en alguna medida él desearía plantear más explícitamente? Lo digo también porque cuando uno se pregunta qué cosa es lo que ha pasado en los países socialistas, en los llamados países socialistas o en los mal llamados países socialistas, como queremos nosotros, en alguna medida los condicionamientos vienen también por el lado del modo de acumulación. Hay que tener en cuenta que en los países antes señalados, los procesos de trabajo son fundamentalmente fordistas, y estos procesos de trabajo condicionan el conjunto de estructuras de una sociedad, independientemente de la variable de tipo ideológico.

Repito, aquí hay un gran tema de interrogación: la crisis no en sus repercusiones actuales, sino viendo cuáles son las trans-

formaciones a que podría dar lugar con sus implicaciones de tipo político, y, antes que eso, de tipo económico. Es en este sentido que formulo la pregunta de cómo condicionaría a éstos la realización y la formulación de este proyecto de utopía al cual Cardoso se ha referido.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Para empezar, con referencia a la cuestión de ese proyecto de utopía yo sólo utilicé la palabra y no quisiera que se me atribuya después la pretensión de cambiar el mundo. Pero creo que en cuanto a la crisis, a las repercusiones que tendrá la crisis, vuelvo a lo que discutíamos anteriormente. ¿Que hay brujas? Las hay. Las crisis están ahí. Que eso tendrá repercusiones, no cabe ninguna duda. Ahora, cómo creo yo que hay una autonomía relativa en la respuesta? A mí me preocupa menos, digamos, hacer un escenario de las repercusiones posibles de las limitantes de la acción, que, al contrario, plantear una voluntad de transformación. Porque si no, no se sale del *impasse*. Probablemente la respuesta después de un diagnóstico de crisis, es que va a haber desempleo, va a haber dificultades de organización de la vida económica local; la cuestión de la deuda que es muy seria en los países del Tercer Mundo, y no sólo en ellos, va a tener un impacto enorme. O sea, no se ven más que nubes de lluvia en el nuevo horizonte. Y así es. Creo que el costo de la salida de la crisis va a ser muy duro. Pero por eso mismo hay esa preocupación generalizada con la situación internacional, la situación económica y todo lo demás. Yo creo que también hay una cierta posibilidad de plantear algo distinto a lo que se repite hasta la fecha. Porque esta crisis, vuelvo a repetirlo, es también la expresión de una crisis política internacional. ¿Qué situación política es ésta? La emergencia de los nuevos países líderes del Tercer Mundo, la presencia de los países socialistas, y, hasta cierto punto, las consecuencias del mismo desarrollo capitalista sobre los países centrales. Consecuencias enormes. La estructura de clase cambió de una manera drástica en los países centrales, dándose un fenómeno de "tercerización" de la economía: la forma-

ción de capas medias, la profesionalización, la generalización de la educación. Y la crisis política generada por esa nueva sociedad estalló en cuanto crisis de legitimidad del Estado. En eso no hay ninguna novedad, la sociedad en Europa, en Estados Unidos, Nixon; todos sabemos lo que significó Vietnam: estalló todo el sistema de legitimidad del poder central. Entonces, también en el centro hoy los grupos sociales, las clases, los conflictos, son muchos; nadie sabe cuál va a ser el próximo movimiento. La situación es una situación de incertidumbre.

Creo que los grupos que sean capaces de trazar una política, tendrán una ventaja táctica. Entonces, pese a que las repercusiones van a ser muy negativas en general, también va a darse como repercusión la ruptura de un equilibrio generalizadamente. ¿Cómo se restablece ese equilibrio? Ése no es problema mío, es problema de los que quieren mantener el orden; y ellos lo van a restablecer por la fuerza si pueden o si es necesario. Pero, insisto, no es problema nuestro, lo nuestro es cómo se va a aprovechar eso para alargar las fronteras de las posibilidades de un cambio. La debilidad, si yo parto de un país como el mío, es inmensa para un cambio. O sea, la fragilidad en este momento de una posibilidad de un cambio más profundo es inmensa. Sin embargo, hay síntomas perceptibles por quienes tienen cierta intuición política, y Luis Echeverría visitó el país y sintió eso. Hay síntomas visibles de que hay algo que se mueve ahí; de que hay una no conformidad muy generalizada; de que la politización está a todos los niveles de la sociedad y llevó a la arena política a actores que antes no participaban, la Iglesia, por ejemplo. ¿Quién no sabe el cambio que sufrió la Iglesia Católica? Cuando yo era joven y estaba en la universidad, la lucha era contra la Iglesia porque ella quería una enseñanza que no servía, porque tenía candidatos que imponía. Ahora es diferente. El otro día fui a visitar a un obispo de una ciudad interior; yo estaba en campaña electoral, y sabía que el obispo me estaba ayudando, así que lo fui a visitar y le recordé eso: que la última vez que yo me había encontrado con él fue en la televisión: yo de un lado y él del otro. El debate giró en torno a la cuestión de la enseñanza, de

la escuela. Porque la Iglesia ha sido un factor tremendamente conservador. Bueno, ¿hoy quién puede decir lo mismo en el caso de Brasil? Nadie. O sea, hubo un cambio muy importante en esa situación, que tiene una gravitación enorme. Eso no me permite prever que mañana el régimen militar desaparezca, no es eso. No lo estoy planteando así. Yo no creo que el mundo cambie en un día, en una fecha "D". No creo en eso, ni siquiera que esa fecha sea la de una revolución que triunfe en un momento. Es un proceso; ese proceso se acelera, disminuye su paso y va más lento, y en ese sentido yo creo que conviene sacar provecho de una mala coyuntura, que es la de la crisis. Si usted me pregunta cuál es la base científica para eso, le contesto, para serle franco que ninguna; creo que en la política hay un momento en que se apuesta, se juega o no se juega, así es en la lucha. Puede jugarse mal, o la alberca está vacía: se rompe la cabeza. Hay que ver si se pone un poquito de agua a la alberca para por lo menos amortiguar el choque. Pero ¿podemos poner agua a la alberca? ¡Sí podemos! Creo que la crisis es propicia a eso, es favorable a eso. Yo no quiero decir "bendita la crisis", como alguien dijo hace poco, refiriéndose a Chile. Sólo quiero dejar planteado que aun en la crisis existe algo que pueda ser aprovechado; a partir de lo cual se pueda montar parte del cambio.

PREGUNTA

Usted planteó muy claramente la necesidad de establecer un nuevo diálogo con el Estado, con el Estado contemporáneo desde nuestro lado de la sociedad civil, para seguir usando el término hegeliano. Pero no se refirió a ese nuevo diálogo que está teniendo lugar entre los estados nacionales tradicionales y las cada vez más poderosas corporaciones transnacionales. Corporaciones que, por otra parte, muestran ya tendencias visibles hacia su proceso de lo que podríamos llamar desmetropolización. Es decir al debilitamiento de los lazos con sus respectivas matrices de origen. Y están así convirtiéndose de esta manera en unos organismos tecnocráticos e independientes. Con lo cual se agravan más sus conflictos con los estados, con la función tradicional de los estados nacionales. Yo

quisiera pedirle a Cardoso que comentara un poco esto.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Yo no mencioné para nada el tema del Estado nacional vs. transnacional, pero creo que usted ha señalado una cuestión que se relaciona, por lo demás, con la forma que asume la crisis actual y que es central a la temática contemporánea: hasta qué punto realmente es la misma forma de expansión capitalista, que hoy requiere una acción muy fuerte del Estado, la que libera, simultánea y contradictoriamente de este mismo Estado al capital que se transnacionaliza. Y eso tiene consecuencias; la primera, fue la deuda nuestra. O sea, la disponibilidad brutal de una masa de plusvalía sin control institucional nacional. Los eurodólares, toda esa masa flotante de recursos que hay por el mundo y que es la expresión visible de lo que usted señaló. Es decir, que una parte del sistema productor hoy se liberó de sus mismos estados hasta cierto punto, ejerciendo inclusive presión sobre el Estado-nación a través de las matrices. De alguna manera una gran multinacional cuenta con una especie de Ministro de Hacienda propio que puede cambiar su capital de una moneda a otra; pasa del yen al dólar, al marco o a lo que sea, y con eso puede, además de ganar dinero, ejercer cierta presión.

Eso no es totalmente así porque de hecho, otra vez es verdad, el capitalismo, como todo sistema de poder, depende de un respaldo político y el Estado lo proporciona. Ahí es donde se genera una contradicción, la cual por cierto no me asusta. El hecho de que sea contradictorio me parece algo más o menos normal. Hay que sacar las consecuencias de cómo funciona esa contradicción. Ahora, eso cambia mucho la función de los estados nacionales. Tenemos, por ejemplo a nivel del debate internacional, algunas expresiones como aquellas de que hay que hacer un código de conducta sobre la transferencia de tecnología, pero que muy difícilmente sale del nivel de las palabras. En la cuestión concreta parte importante de las decisiones del capitalismo internacionalizado en realidad escapa de los estados locales. Entonces, a la par de la existencia de un Estado nacional, hay una serie de conglomerados que lo

contradicen, que le restan influencia efectiva en lo esencial, en lo económico internacional. Un caso concreto en un país es el de la deuda externa y su manejo. Es un hecho que buena parte de la deuda brasileña vinculada al país con los grandes bancos internacionales, a los que se debe más de la mitad de la deuda brasileña. Y ¿cómo va a hacer Brasil para pagar? ¿Cómo va a enfrentar esa situación? Tal vez ni siquiera sea el país que debe enfrentarlo, dado que se trata de una deuda digamos, *intracorporis*, con la mediación de un banco que también está vinculado al conglomerado. Y esa deuda es la expresión de una contradicción, de una confusión de la crisis, porque tiene que ver con la realización misma del capital. O sea, el endeudamiento es la forma que la empresa local encuentra para manejar masas de capital que a la vez tiene que pagar, lo cual involucra la necesidad de exportar, también, *intracorporis*.

Yo creo que no hemos pensado bastante sobre esas cuestiones. Seguimos pensando en el Estado como en un Estado nacional, pero el asunto es más complicado que eso.

ROSA CHUMINSKY

Me voy a permitir hacer alguna acotación a un punto que tocó Cardoso cuando se refirió a ese anhelo de industrialización que se puso de manifiesto en América Latina desde aquella conferencia famosa de Chapultepec y, como Cardoso señaló, de repente aquellos países centrales que no tenían ningún interés en la industrialización de América Latina, se vuelcan a golpear nos las puertas y a ofrecer. Bueno, eso me parece que tiene que ser explicado en función del carácter que tomó la industrialización en América Latina, y que fue la de un Estado que capitalizó a las empresas, tanto a las extranjeras como a las nacionales. Es decir, eso lo vinculo a algo que al principio creí yo que usted estaba satirizando y que eran las nuevas teorías acerca de los caracteres o de las características actuales del Estado. Después, bueno, nos dio la ocasión de comprobar que usted también cree que el Estado tiene funciones que son también las de la reproducción del capital, etcétera.

De cualquier manera pienso que ese carácter del Estado ca-

pitalista, el Estado ya no con la vieja teoría del Estado para todas las clases sociales, etc., sino el Estado que protege, ampara, subvenciona, da exenciones, etc., está muy unido a algo que en nuestros países del Sur, yo soy de la Argentina, es, bueno, una evidencia en el sentido de que para la salvaguardia y expansión de ese capitalismo se ha tenido que llegar a los regímenes (ya dictatoriales es una palabra que les queda chica) genocidas, que tenemos en el Sur. Y la segunda observación vinculada a esto último, es que me pareció demasiado peligroso y arriesgado que usted dijera que Brasil al salir de la dictadura hace 2 años hubiera dejado algunos gérmenes de progreso hacia la democracia. Usted afirmó que después de la época de la dictadura de 1964 a 1978, hubo algunos elementos que fueron retomados porque: "¿cómo podría ser sino que en dos años se hayan constituido grupos de oposición de esa naturaleza cuando había habido esa represión tan tremenda?"

Yo creo que es bastante peligroso porque se puede sacar en conclusión que en cualquiera de nuestros regímenes, ahora al cambiar la presidencia de Videla por Viola, por ejemplo, vamos a tener alguna perspectiva. Lo que ocurrió en Brasil y lo que va a ocurrir en la Argentina, y supongo que más en Brasil todavía y en todos los demás países, es que en algún momento la reacción popular va a ser mucho más fuerte de lo que es ahora. Pero en fin, yo no tengo la bola de cristal y puede ser que tengamos que sufrir mucho tiempo. Pero es peligroso pensar que dentro de un régimen represivo se puedan generar gérmenes democráticos de alguna naturaleza. Hay un libro que ahora va a aparecer en español, se llama *The Washington Connexion*, es de un filólogo americano, que se ocupa de esos problemas políticos. Allí se ve muy claramente la imbricación de la expansión capitalista con los regímenes militaristas. Todo eso me ha llevado a hacer estas reflexiones que estoy segura usted comparte.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Bueno, claro que yo las comparto, pero quiero aclarar lo si-

guiente: yo no dije que el régimen creó gérmenes de su contrario. Yo dije que el desarrollo del sistema capitalista provocó una transformación en las relaciones sociales y esa transformación a nivel de la sociedad hace posible retomar la democracia. No estoy haciendo ningún juicio de que deba ser ése el camino, y no tiene nada que ver con el hecho de que sea dictadura. Fuera dictadura o fuera democracia, la transformación económica de base cambia las relaciones sociales de producción. Eso es Marx, sencillamente, que dice que el germen de lo nuevo nace de lo viejo, es dialéctica. No hay ningún heterodoxismo en lo que yo estoy diciendo. Sería heterodoxo si yo dijera como usted lo formuló, que el régimen fue el que dejó este germen de democracia. No, el régimen dictatorial, autoritario, represivo, no presentó ninguna contradicción interna democrática.

Yo dije otra cosa: que los cambios producidos por una aceleración del desarrollo, que hasta cierto punto en algunos casos, que no es el de Argentina, no ha sido el de Chile, pero que sí es el caso de Brasil, fuera no movida por el mismo régimen (no por causa del régimen sino por causa de las consecuencias de los cambios económicos), permitió la formación de la clase obrera, la formación de la capa media, amplió la educación. Eso no tiene nada que ver con el régimen, es necesidad del capital, el capital pone su contrario. Eso es lo que yo digo. La formulación solamente es ortodoxa, el capital pone su contrario al crear una serie de relaciones de producción de otro orden, pero eso no significa que el paso del régimen de producción tenga que ver con eso. Puede que sí, puede que no. Argentina es otra formación, y en el caso hubo lo contrario: una desindustrialización relativa. En consecuencia, yo no podría decir que en Argentina, en esta fase, a despecho del régimen hubo una modificación en ese sentido. Pero en Brasil sí, claramente en 20 años el país cambió. ¿Cambió por el régimen? No, cambió por el desarrollo que el capital adquirió ahí. Porque también cambió con otro régimen.

* Esa cuestión que parece sencilla hay que ponerla más en claro, o sea, la relación entre el régimen y el patrón de acumulación y las consecuencias sociales. Muchos de nuestros erro-

res vienen de eso, el patrón de acumulación es portador muchas veces de la lucha de clases y de formas autoritarias. Otras veces no. Yo no comparto la idea de que la acumulación oligopólica requiera dictadura; no fue así en Estados Unidos. No fue así en gran parte de los países de Europa. ¿Por qué ese régimen asumió en Argentina el carácter genocida? ¿Por el avance del capitalismo? No. Por la fuerza de la lucha de clases, por la nueva lucha de clases, pero el capitalismo avanzó más en México que en Argentina, y acá en México no hubo régimen genocida. ¿Por qué se dio en Argentina? Porque la situación política se les escapaba. ¿Por qué hubo en 1964 un golpe en Brasil? Porque también se les escapaba la situación política. Yo creo que esta relación recíproca y también su relativa autonomía tienen que ser planteadas.

HAYDÉE BIRGIN

Cardoso hizo bastantes y muy buenas referencias a la asociación Estado-empresa transnacional, a la transformación que eso va produciendo, y a la ruptura que se da en América Latina entre el eje Brasil-México por un lado y el Cono Sur. A mí lo que realmente me tiene bastante preocupada, y apunta un poco hacia lo que se ha discutido aquí, también, es por qué Brasil y México, por qué no el Cono Sur, y qué casualidad que países donde el desarrollo industrial era avanzado, sean aquellos donde encaja ahora el modelo neoliberal. Yo creo que ése es un desafío muy importante por lo menos para los conosureños, para realmente entender exactamente qué pasó. Y ahí yo coincido con la interpretación de Cardoso de la crisis; yo no creo que se deba a las crisis capitalistas el que haya sucedido lo que sucedió. Pero sí tiene que ver la crisis que se da en el aprovechamiento que Brasil puede hacer en su etapa de expansión. Lo que aparece como expansión de Brasil, que encaja exactamente en ese momento de crisis, sería la expansión de Argentina entre 1958 y 1973. Entonces, lo que puede hacer Brasil en esa restructuración mundial es, en un momento de crisis, engancharse.

Ésa es una de las cosas que yo quisiera pedir que se trabajara un poco más. Otra es la cuestión de cuáles serían los factores dinámicos de un proceso; yo creo que ahí sí el nudo es político. También contestó Cardoso que el problema de la Argentina es no haber tenido una clase empresarial autónoma, dinámica, capaz de poder incluso consolidar un pacto social. O sea, el proyecto peronista no fracasa económicamente, fracasa políticamente. Había viabilidad económica en la democracia de Argentina, lo que no hubo fue viabilidad política para consolidar el proyecto. Yo diría que es una serie de interrogantes los que planteó, y un poco lo que iría quizás planteando todo el pensamiento brasileño en este momento es que nos va a obligar a una reflexión mucho más profunda. Y donde ahí sí creo que nosotros tenemos que terminar con la idea de un Estado actor, y aceptar que el Estado es un escenario en el cual nos cuesta mucho incorporar a las clases subalternas como parte del Estado, y a partir del cual el Estado aparecería como patrimonio de las clases dominantes. Y a las clases subalternas no las podemos integrar cuando analizamos este tema.

Respecto a la relación patrón de acumulación-régimen yo coincido con que el patrón de acumulación en este momento no tiene por qué llevar indefectiblemente a regímenes como en el Cono Sur, pero lo que a mí más me interesa es lo siguiente: hace unos años al hablar de la apertura democrática en Brasil, Cardoso le asignó un gran papel a lo que ahora llamó algo así como nueva pequeña burguesía: los profesionales, los técnicos y demás. En ese momento le asignó un gran papel en el proceso de democratización. Hoy, le asigna un gran papel también en ese nuevo espacio de la alianza de clases; prácticamente se proyecta en la utopía posible; estaría anudado en la alianza de clases que se daría entre ese nuevo sector y la clase obrera.

Si no entendí mal, cuando habla del futuro proyecto utópico posible, se refiere a un proyecto en el cual convergen los que tienen poder de decisión. No sabemos quiénes son, pueden ser partidos o no, pueden ser movimientos sociales, pueden ser organizaciones empresariales. Yo quiero saber, en Brasil hoy, cómo se va articulando esa relación de posible

alianza de clase obrera y la nueva burguesía, y cómo éstos pueden llegar a convertirse en los factores de decisión del nuevo proyecto utópico viable.

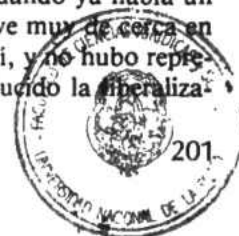
FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

¡Pequeña pregunta! En cuanto a la reflexión sobre por qué Brasil y México, y otros países, agarran los nuevos saltos y otros no, yo diría que precisamente la base de la forma de organización capitalista anterior en Argentina, en Chile y en Uruguay, son trabas a la nueva etapa. Pueden superarse o no, pero se constituyeron como trabas. Porque lo que se está discutiendo en esta organización de la división internacional del trabajo es básicamente la reserva de mercado y mano de obra. En un país como Brasil, en las relaciones de mercado obviamente es visible el interés de la burguesía internacional facilitado por el hecho de que la mano de obra también está ahí además de que hay cierta calificación y de que no existe una articulación económica interior ocupando posiciones en este mercado. No es así en Argentina, donde el mercado interno de alguna manera ya estaba ocupado: lo que fue un factor favorable al progreso en un momento, se vuelve dialécticamente obstáculo en otro. Y esa discusión de lo que es y deja de ser y luego no es, difícil por ese juego de palabras, plantea una cuestión fundamental: lo que fue positivo se ha vuelto negativo en el caso de Argentina, de Chile y de Uruguay.

En cuanto a la cuestión del proyecto y a la cuestión brasileña propiamente dicha, a la cual no hice yo ninguna referencia más de fondo aquí porque la he hecho ya mucho en el pasado, y creo que no me he equivocado, en especial respecto al papel que podrían desempeñar ciertos sectores medios. Claro está que se puede leer la historia de varios modos. Yo ya estoy cansado de escuchar ahora, en el Brasil *expost*, que el cambio fue por la presión de la clase obrera. Ésa es una mentira histórica. No fue la clase obrera la que puso en jaque al régimen. Hay varias razones, hay varios niveles de esto. Hay un nivel interno al mismo régimen, que tiene que ver con la economía, con

la función de distribución que el Estado asume, y la presión que empezó a caer sobre el Estado después de la crisis internacional de 1973, que como que fragmenta la unidad de la burguesía con el sector burocrático estatal y empieza a producir una serie de conflictos que aparecen a primera vista como la oposición entre los blandos y los duros. Los generales que cumplen un papel u otro han sido todos duros en cierto momento, y algunos se han vuelto blandos. La cuestión está en saber por qué se han vuelto blandos.

Aparte de eso, y ahí está lo que yo señalaba, el régimen brasileño siempre fue contradictorio en cuanto a que no terminó con los partidos, mantuvo las elecciones, defraudándolas, pero las mantuvo, y hubo una cierta idea de que era transitorio. Y eso contó también. Pero después, lo que contó fue la gran presión de la sociedad, de las capas medias. ¿Cuáles son las capas medias? Las corporaciones de abogados, las corporaciones de científicos, la Iglesia, los estudiantes, y el año 1976 y 1977, en Brasil, son años de enorme movilización de las capas medias. Yo no digo pequeña burguesía, son simplemente asalariados, capas medias nuevas, que son indispensables al creimiento del capitalismo. Como siempre que hay un proceso de gran avance capitalista, no se puede permanentemente cerrar la universidad, y no se puede impedir siempre que el técnico viaje al exterior, que tome conocimientos del otro mundo. Se puede, si, poner trabas a esa libertad, aprehender, torturar, perseguir, pero no puede cerrar del todo, porque si se hace no hay desarrollo tecnológico, no hay siquiera posibilidad de manejar una economía industrial moderna. Y esta gente requiere cierto espacio. Por otro lado, con el cambio en la Iglesia se origina también una presión muy fuerte. Por eso digo que 1976 y 1977 en Brasil son años de gran movilización de las capas medias. Los obreros entran a la huelga en 1978, no antes. Entre 1968 y 1978 no hubo huelgas, salvo de grupos muy pequeños. Pero una huelga realmente no. La primera que se hizo fue la que empezó en 1978, cuando ya había un ambiente de gran movilización. Y yo estuve muy de cerca en esa huelga, todos los días prácticamente ahí, y no hubo repetición. Eso fue simbólico; ya se había producido la liberaliza-



ción. En consecuencia, yo creo que no estaba totalmente equivocado cuando ponía mucho énfasis en eso, lo cual no quiere decir que el proceso pueda progresar sin la clase obrera. No. Que pueda dar un paso adelante en ese proceso de democratización, no. No es eso lo que estoy diciendo, sólo trato de precisar cuál es el factor, el motor de arranque en el proceso.

RAÚL FERNANDEZ

Mi pregunta va orientada sobre todo a pedirle una reflexión un poco más amplia sobre un tema que tocó y que se ha venido tocando en esta segunda parte, que es sobre los movimientos sociales. Usted señaló que la transformación del modo de industrialización en América Latina ha cambiado, lo que ha alterado las relaciones de clase. Mencionó cómo se han dado situaciones de repliegue en algunas de las clases.

Por otro lado, hay un desvanecimiento del adversario, es decir, la nueva situación implica desvanecimiento tanto de la identidad como del adversario, lo que ha provocado, por una parte, una actitud de repliegue en algunos grupos. Pero, por otra parte, usted también habló de una oposición y un diálogo entre los movimientos sociales que emergen y el Estado, al margen de las asociaciones políticas. La pregunta sería: ¿cómo se perfilan las nuevas formas de organización política de las clases populares y qué papel desempeñan en el cambio social? Es decir, en la nueva orientación del proceso de industrialización en América Latina.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Bueno, yo voy a limitarme al caso brasileño, porque no tengo realmente conocimiento de los movimientos sociales en los demás países, salvo algo en Argentina, y quizás en Chile. A lo que yo me refería es a lo siguiente: tomando el caso de Brasil, cuando se vuelve a la liberalización restringida —que está totalmente bajo el control del sistema anterior pues los que an-

tes mandaban siguen mandando—, lo que hubo fue una especie de desahogo: la crítica se vuelve abierta, hasta la organización pasó a ser abierta. La prensa es libre, hay organización política, ciertos partidos no pueden constituirse pero si tener sus periódicos, sus semanarios. Pero las reglas de la estructura del poder no han cambiado todavía: insisto en que los que antes mandaban siguen haciéndolo. No se ha sometido a la competencia por el poder mediante el voto. Esto se va a mantener hasta 1982: propósitos liberalizadores pero sin incidencia en las estructuras reales de mando. ¿Cuándo surgen los nuevos partidos? ¿Cuál es la primera idea en todos los partidos, sus gérmenes? Yo estuve muy cerca de por lo menos dos partidos de oposición. Los que escriben los programas son prácticamente los mismos para todos los partidos, y si no son los mismos, si están bajo influencia de los mismos autores.

La forma de los programas en Brasil fue dada hace 6 años por 4 ó 5 personas, todos amigos, y si bien cada uno de ellos tiene un partido ahora, todos repiten ahí las mismas cosas. Entonces, ¿cuál es la idea que surge? Bueno, no puede haber un partido que no esté vinculado a los movimientos sociales. Esa idea se repite en todo los programas. Acá en México, el partido, el gran partido, pudo incorporar a los movimientos sociales, bien o mal, pero pudo, ahora se constituyen como una parte del partido.

En Brasil no, y entonces ése es el problema, ¿cómo se incorporan los movimientos? Hay que hacerlo, pero ¿cómo? Empieza entonces una construcción a nivel verbal: el partido será la expresión política de los movimientos populares, garantizando la autonomía del mismo. Cuando uno va a ver la práctica, se tiene que en cualquier movimiento están los partidos intentando manipular, controlar. Y hay, por otra parte, un sector del movimiento que es muy purista (expresamente los grupos vinculados a la Iglesia, pero no sólo ellos) que cree que los movimientos no deben ser contaminados por ningún partido. Y esto puede llevar a esos movimientos a su fin. En las viejas teorías sociológicas del movimiento se señala que los movimientos tienen una dinámica, y, si no la asumen, desaparecen. Entonces, como forma política de movilización, si es

válido plantear el acercamiento.

Y el Estado, que está ahí como la muralla frente a todo eso, ¿qué hace? Empieza a buscar por sobre los partidos, un diálogo con algunos movimientos. Y lo logra. Entonces se hace gran movilización, los movimientos son en gran medida casi virtualizados. No pueden tener líderes porque la ideología actual es consensual, no es personalista, pero en el fondo claro que los tiene, lo que pasa es que no pueden aparecer como líderes. Hay toda una virtualización del movimiento y con frecuencia el movimiento empieza a dialogar con los funcionarios que pueden solventar las cosas. Es a eso a lo que yo me refería. Claro que hay movimientos y movimientos; el movimiento obrero como tal es mucho más amplio y presenta algunas de las características aquí señaladas, pero trasciende a ese tipo de limitaciones, porque es un movimiento que está extendido a una clase; tiene su estructura, pero tiene a los partidos también.

En la dinámica de la compleja sociedad moderna tendremos partidos, movimientos, gente sin partidos, diálogo con el funcionario, no diálogo con el funcionario; será un embrollo. El cambio viene dentro del embrollo, de la gran confusión. Yo creo que va a ocurrir eso, lo cual no significa que no se necesite alguna forma articuladora, y, a mi modo de ver, no hay otra más que el partido. No lo veo de otra forma. Pero si sé que el partido hoy como tal, como forma, perdió la trascendencia que tenía antes, o sea, no perdió porque no tenga importancia sino porque hay otras formas de política que son importantes, y los que están en los partidos, a mi modo de ver, tienen que darse cuenta de eso. Porque ¿quién en el caso de Brasil, va a constituir algún movimiento en Sao Paulo sin dialogar con el Cardenal? Yo, en lo que puedo, estoy dialogando con él. Yo creo que si se otorgara el control a una agencia solamente, se pondría en peligro la posibilidad de la democracia. Por eso, yo prefiero que no se otorgue el control; prefiero que se dé un juego más libre de fuerzas, donde sea posible contrabalancear. El poder de contrabalancear está dado por la multiplicidad de las formas de actuación. Yo creo que si tuviéramos un partido capaz de encauzar a los movimientos

iríamos hacia la dictadura.

LUIS ECHEVERRÍA

Yo quería hacer en este momento una defensa del injustamente denigrado populismo. Quiero platicarles simplemente que un año después de dejar la presidencia de la República yo me comencé a enterar de que algunas medidas adoptadas, formas de trato que rompían estructuras administrativo-burocráticas, que hacían más permeable la relación entre las clases sociales, que hacían que mi esposa y mis hijos se reunieran por propio ímpetu y fomentado por mí, con gente de todos los niveles, rehusando círculos femeniles o juveniles elitistas, que rompían las formalidades para tener entrevistas con el Presidente y gente de todos los niveles. Formas a las que se llamó populismo. Yo he dicho: "Sí, fui populista, ¿y qué?" Y en ese sentido yo quisiera alguna opinión de nuestro amigo Cardoso, y preguntarle si frente a las dictaduras (y no sólo frente a las estructuras muy burocratizadas) el populismo puede ser un factor repulsivo, luego encauzable, utilizable. Si la afirmación es totalmente negativa, pues ya no diré fui populista y qué, sino que tendré que decir que desgraciadamente lo fui. Pero sí quiero decirles que no obstante el contraste con muchos regímenes típicamente sudamericanos, del modelo brasileño y otros que aquí han sido mencionados, que han generado asilados políticos que tenemos en México y concretamente en este Centro, en este país, se habían venido creando estructuras burocráticas y sociales muy cerradas entre sí.

Yo quiero preguntarles si en sociedades demasiado estratificadas, y sobre todo bajo dictaduras, la ruptura de muchos canales burocráticos, ya no digamos la reforma administrativa, no puede ser estratégicamente conveniente. Mi gobierno se inició después del movimiento de 1968, época en que yo era Secretario de Gobernación, y que fue no sólo la repercusión de lo de París como se ha afirmado; sino que la consecuencia de varios lustros o periodos sexenales de desarrollo estabilizador que pospuso muchas demandas obreras, campesinas, es-

tudiantiles, etc., situación que acabó por estallar. Sin embargo, yo por ser candidato a la presidencia de la República recorrí el país, tuve problemas con muchos jóvenes y con grupos populares, pero el régimen fue en realidad bastante tranquilo en relación con lo que se pronosticaba. Por temperamento, no obstante haber sido un funcionario muy "apretado", de haber pasado 11 años en la Secretaría de Gobernación en las calles de Bucareli, en la Subsecretaría y en la Secretaría del Ministerio de Gobernación, como Ministro del Interior, al día siguiente me quité la corbata y a recorrer el país y hablar con todos los grupos sociales sobre la libertad. Una larga peregrinación en autobús a la que se acercaban campesinos y yo decía: que se suban, o yo me bajaba a hablar; y estudiantes que atravesaban una valla y me decían "quiero hablar con usted", y yo decía "vete a los Pinos hoy en la tarde, o que se venga aquí en lugar del señor gobernador para que me plati-que". Les digo a ustedes que así fue, eso se repitió constantemente.

Aprovecho la oportunidad en este punto de la discusión para preguntarle a usted su opinión. Mi experiencia es positiva porque estaban explotando muchas estructuras sociales. Estructuras que rompí, que hice que mis colaboradores más serios y circunspectos, egresados de El Colegio de México, de la UNAM, rompieran también. Y ellos que desde niños no se habían quitado la corbata, frecuentemente se la quitaron y entonces comenzaron con muchas de estas prácticas. Esto de la corbata es una cosa simbólica, pero en realidad se hicieron más ágiles las audiencias; a veces cosas que tenían que tratar jefes de las oficinas se trataban en la oficina del ministro directamente, y así las cosas andaban con un poco más de agilidad.

No estoy haciéndole propaganda al populismo; y menos en países donde si bien existe un régimen presidencial fuerte, no ha existido mucho tiempo una dictadura como las centro y sudamericanas que hemos visto con mucha frecuencia. Entonces yo quiero preguntarle a usted, Cardoso, si no puede ser útil una tendencia así, que no rompa los marcos constitucionales para gobernar con base en las masas guiadas demagógicamente, sino dentro de los marcos institucionales y cons-

titucionales para acelerar procesos sociales en que los grupos populares tengan mucho que aportar, mucho que decir. Yo quiero preguntarle a usted, y usted hasta este momento no nos lo ha mencionado, no obstante que ha hablado de los señores obispos progresistas de Brasil, con los cuales yo plati-qué y frente a usted, con el más distinguido de ellos, su amigo el señor Ams, si esos grupos de base que se están reuniendo en los garages de Sao Paulo no son populistas. Si no es una relación realmente populista con la Iglesia, si no les prometen más bien el arreglo de ciertos asuntos municipales y de sectores de la ciudad antes que prometerles el cielo. Si no es populismo la Iglesia misma. ¿No hay mucho de eso? Entonces yo dormiré más tranquilo hoy, si usted, el distinguido paulista nos dice algo del populismo.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Bueno, yo no debería ser invitado a hablar de estas cuestiones aquí porque frecuentemente soy acusado de ser populista. Yo creo lo siguiente: a lo que usted hace referencia, no es a lo que en la literatura se llama populismo. Usted está haciendo referencia a una cosa que a mi modo de ver es positiva. Que son señales de quiebre del elitismo. De eso se trata; de romper una estructura burocrática, y me parece muy bien. Uno que viene de un país como Brasil, para no hablar de Chile o Argentina, donde hasta los ministros guardan una gran distancia frente a los presidentes, todo es muy regular y el Presidente no va a la calle. De ahí que a mí me parece que la ruptura de esas formas es positiva, y simbólicamente positiva porque hay toda una simbología en la jerarquía, en crear la distancia y todo lo demás. Usted mencionó la cuestión de los obispos en la Iglesia, pues nuestro amigo el Cardenal de Sao Paulo hace algo semejante, no sólo en su traje, aunque también en él, porque nunca usa sus ropas de ceremonia, salvo cuando sabe simbólicamente que es importante: cuando va a la televisión para hablar claro; cuando tiene que hablar con un gobernador para protestar. Entonces ahí va uniformado, si no, no. En Brasil se

han roto hace mucho las fórmulas del tratamiento. Todo mundo sabe que muy raramente se acostumbra llamar por el apellido, siempre por el primer nombre, hasta a los presidentes, Goulart, por ejemplo, nadie sabe quién es Goulart, es Joao. Y así se le decía a él, a veces ni siquiera de usted: tú. Claro que éstas pueden parecer cosas menores, pero no lo son tanto; tienen algo de simbología de una cercanía, y eso la Iglesia lo utiliza mucho.

O sea que la actitud en estos grupos de base, en ese sentido de una búsqueda de identidad, una búsqueda simbólica, no formal de identidad, es un instrumento político, a mi modo de ver, importante y eficaz. La búsqueda de un reto simbólico, de que no se está aceptando la jerarquía por la jerarquía, sino que se está abriendo un camino hacia una participación. Participación no es sólo una palabra de los intelectuales, es una práctica. Ahora, en Brasil, hasta esas cosas están cambiando poco a poco. En el pasado, si en una calle se encontraba un grupo de obreros de construcción comiendo su almuerzo y pasaba un señor de corbata pisando firme, esos tipos salían a abrir el camino. Son cosas pequeñas pero que implican una sociedad muy, muy represiva. De ahí que me parezca importante que se rompa eso. Otra cosa es el populismo como base de sustentación de poder, o sea, como si fuera posible una relación que no pasara por los partidos, por las clases, o frente al ejército. Ésa es otra cosa. Lo que usted menciona es la democratización de la forma del comportamiento del jefe; yo creo que es importante, que debe ser rescatado.

SEVERO SALLES

Ya se han discutido y señalado varios aspectos particulares acerca de la crisis actual del capitalismo y de las posibles transformaciones que en el momento presente se exigen. Usted ha indicado algunas, otros han indicado otras en las relaciones sociales. Esta crisis —ya se ha señalado también—, no es una crisis de la producción, digamos, es una crisis social de cómo se organizan para producir, cómo se enfrentan para

producir, y eso tendría que ser visto en el marco internacional; no se podría aislar el caso de Brasil para sacar conclusiones.

La pregunta que yo quisiera hacer entraría un poco en ese aspecto, y se refiere exactamente a la situación de Brasil. Yo creo que para esta crisis general del capitalismo y sus posibles desarrollos, a lo mejor no existe una teoría general que se pueda hacer en la medida en que se trata de un fenómeno social y son las particularidades de la relación social en cada país, de las relaciones políticas, las que van indicando el camino que se va a tomar. Entonces, lo que yo quisiera preguntar sería acerca de qué expectativas tiene en relación a los próximos movimientos de este proceso en Brasil y en lo que toca a su resultante, a las formas de dominación política en particular.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Bueno, yo ya mencioné algunas. La situación económica del Brasil en este momento es particularmente difícil. Están importándose 10 mil millones de dólares de petróleo por año. Un amigo, sabiendo que yo me preparaba para regresar a Brasil, me decía: "Mira, si tu regresas con una inflación del 170% es porque estás loco." Yo no sé si sea cierto, pero ¿qué relación existe de hecho entre esta dependencia tan fuerte de las importaciones de petróleo y la inflación? La duda es valedera porque no es por ahí que se mueve la cosa política, no es porque haya inflación o no, es porque cuando hay pelea es a nivel de la pelea política que la cosa se da, y en este momento, nadie puede rehusar de reconocer que son los militares, los mismos gobiernos militares quienes nos llevaron al callejón sin salida, antes no. Si hubiera un presidente civil, yo diría, no vaya porque va a caer. Claro que los militares van a cobrar el precio de la inflación, de la deuda, pero ellos mismos pasan todo el tiempo justificándose frente a la nación y utilizando los argumentos muchas veces nuestros. O sea, la CEPAL, ahora en Brasil es doctrina oficial; fue condenado toda la vida, pero ahora es

doctrina oficial porque la inflación es una cuestión estructural; porque la deuda es por la falta de un nuevo orden internacional; la culpa la tienen las multinacionales, ése es el lenguaje oficial hoy día en el país.

Yo no veo que de ahí derive necesariamente una reacción muy fuerte. Y eso que yo soy optimista. En lo social y en lo político yo soy optimista; en lo social por las razones que ya dije acá de transformaciones de una búsqueda, de una realización de otras cosas; y en lo político también porque, bien o mal, el costo enorme de la represión de estos años tan duros por los cuales el país pasó, algo enseñó a la gente; el sentido de responsabilidad política creo que ha aumentado un poco. Hay también una posibilidad de negociación más amplia que en otra situación. Y me acuerdo que en el tiempo de Chile bajo Allende no había posibilidad de negociación entre las fuerzas que estaban sosteniendo el gobierno; había mucha fragmentación, unidad en la derecha y fragmentación de la izquierda.

Ahora, en Brasil, todo el plan de gobierno es precisamente crear una situación de este tipo, fragmentar la oposición y mantener la unidad de los grupos de poder. Pero yo creo que hay en la oposición una cierta conciencia de esto; no quiero decir que todo será fácil, que la oposición no va a chocar. Si va a chocar, habrá competencia, pero veo que es posible mantener un mínimo de fuerzas cohesivas que permita mantener el proceso político más o menos despejado. Yo diría que si se logra capear ese temporal económico de 1982 a 1983 habrá cambios fuertes, y digo esos años por razones políticas, porque en 1982 habrá elecciones y ya veremos qué pasa.

Entonces yo creo que en 1982 habrá posibilidad de cambios fuertes, no sé cuál va a ser la reacción, porque los militares no van a entregar el poder así nomás. Habrá intentos fuertes, pero yo creo que hasta 1982 las cosas van a estar como están; a partir de ahí no, el clima va a estar muy caluroso porque son las elecciones, se va a destapar no el Presidente, sino el país. La verdad del nuevo sexenio nuestro va a empezar en 1982.

LUIS ECHEVERRÍA

¿Va a estar cerca del carnaval la elección?

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

No, desgraciadamente no. Es antes del carnaval. Y lo que pasa es que en 1982 se eligen los gobernadores por voto directo. Y eso es importante, lo demás no; el Senado tiene importancia y será voto directo también pero ya lo era en condiciones de poca libertad. Ahora, será en condiciones de más libertad, pero si eligen a los gobernadores por voto directo la cosa cambia, porque si algunos grupos de oposición logran tener algunos estados, eso modifica el equilibrio de poder. Más todavía, ya que la elección presidencial, que todavía será indirecta, es para 1984, y el Presidente va a estar muy débil entre 1982 y 1984 frente a gobernadores elegidos; entonces la dinámica que está puesta allí es muy fuerte. Uno puede decir, bueno, es tan fuerte que no va a aguantar, que va a haber una nueva ruptura; quien sabe, ya veremos. Si uno parte de que va a haber una ruptura no hay nada que hacer, sólo militarizarse. Y parece que por esa vía las cosas no caminan bien.

GLADYS FABÁ

Mi pregunta es en relación al problema de la crisis de los partidos políticos que usted mencionó en su ponencia. Me queda la impresión de que habría en el planteamiento una deducción en la cual se podría establecer una relación entre el proceso de consolidación de un sistema de producción que se consolida en los años setentas con la presencia estatal en el control de la política económica y la vida social, y un período de crisis y desintegración de los partidos políticos por diversas razones, entre las cuales está evidentemente el surgimiento de sistemas políticos dictatoriales. Podría pensarse a partir de esto, que había existido una cierta incapacidad por parte de los partidos

políticos para responder a las exigencias que impone una vida social, una nueva organización social, producto de este modo de acumulación y de producción dentro de países latinoamericanos. Junto con esto se puede observar que durante estos últimos años habría una cierta ruptura del sistema político institucional basado justamente en la presencia, en la participación política parlamentaria, y la presencia de los partidos políticos como mediadores entre la población civil y el Estado. A mi juicio esto constituiría algunos de los elementos estructurales que pudieran explicarnos el problema y la crisis de los partidos políticos. Pero pasando ya a los problemas internos de los propios partidos políticos en América Latina, se me ocurre relacionarlo con alguno que usted también planteó al final; la ausencia de ciertas categorías analíticas que pudieran dar una cierta ponderación real al papel del Estado, en la relación Estado-empresa, y en la relación Estado y clase trabajadora.

Tomando en cuenta, en el caso chileno, la importancia que tuvieron los partidos, no sólo desde el punto de vista de la acción política sino también desde el punto de vista de toda la construcción intelectual y teórica que se elaboró en torno a ello, pues parecería que si pudiese haber una cierta relación y que los partidos no se hicieron una previsión teórica y real de las condiciones prevalecientes en períodos de crisis. Estoy pensando especialmente en el caso chileno. Pues ahí yo veo que cabría alguna relación.

Por otro lado, yo no quisiera reducir esto a que en el fondo el problema de la incapacidad de los partidos sea un problema teórico, creo que también es un problema de movilización real y de las condiciones estructurales que de alguna forma he tocado de manera muy vaga; pero, sin embargo, me interesa la cuestión de la capacidad de interpretación y de previsión por parte de los partidos porque de alguna manera en período previo al golpe, yo, metida en pleno trabajo político, pasé situaciones muy parecidas a las que usted planteaba en el 68, en París. Ésta sería, entonces, una preocupación; la otra es una pregunta más bien hacia el futuro: ¿cómo es posible entender la incorporación de los partidos en los casos extremos de dic-

tadura y los períodos de apertura? Y en los países en que se está ampliando un poco más este espacio democrático, ¿cómo es posible, cómo se puede concebir esta reincorporación y cómo va esto ligado a una cierta presencia de los partidos en la vida política?

Hace un par de años yo escuché una ponencia de un compañero chileno donde hablaba, por ejemplo, de que la junta militar en Chile, además de haber producido toda una ruptura con un proceso institucional, producto de los cambios económicos, también dio lugar a un cambio cultural e ideológico en la población chilena, y él hacía un poco un llamado a la necesidad por parte de los partidos para que llegasen a cambiar incluso el lenguaje, el contenido. La presencia de los partidos en Chile no es posible por ahora, pero si en un período de apertura. ¿Cómo podríamos concebir esa reincorporación de los partidos? No sólo desde el punto de vista de su acción, sino también de su concepción ideológica, y esto siempre ligado al problema de categoría analítica. Creo que estas cuestiones no solamente atañen a los sociólogos y los economistas, sino que también a las propias organizaciones. Así, tal vez me pongo pesimista al pensar que a lo mejor está de más hablar de partidos políticos y en una de esas tendremos que hablar de otro tipo de organizaciones, lo que a lo mejor implicaría una desaparición de los partidos políticos como habían sido concebidos tradicionalmente en América Latina.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Yo no sé si realmente se puede hablar de una concepción tradicional de los partidos políticos en América Latina, porque yo conozco la situación de Chile, de los partidos en Chile, y conozco la de Brasil, y no hay nada en común; o sea, en Chile realmente los partidos tenían una posición ideológica, tenían una militancia, una visión del qué hacer, un control sobre los militantes, o sea, eran partidos de corte clásico. En Brasil, los partidos nunca fueron así. Salvo el Partido Comunista, los demás no han sido partidos sino comités electorales. En el pasado

los grandes partidos del Brasil se confundieron con el Estado, no tenían una autonomía frente a él. Me refiero a los años anteriores al treinta, cuando existían dos clubes de la clase dirigente, ambos llamados Partido Republicano: el Partido Republicano de Sao Paulo y el de Minas. Y éstos estaban incluso fragmentados. La unidad de la clase dirigente era hecha por mecanismos más o menos rápidos de contactos casi directos, y el modo por el cual se daba la oposición es lo que se llama una disidencia adentro del partido, no creaban otro partido, era un partido único en la práctica, pero no era partido único en el sentido de una forma, digamos oligárquica de control.

Los grandes partidos en Brasil aparecen después de 1946, cuando ya existe una ampliación hacia la participación popular. Entonces algunos partidos empiezan a tener un cierto lenguaje hacia abajo. Sin embargo (y yo doy siempre el ejemplo porque es sabroso), fue Vargas quien representa realmente la gran expresión del gran acomodo de la clase dirigente brasileña. Fue presidente de dos partidos, del Partido Social Democrático, que era el partido conservador, y del Partido Laborista; él fue presidente de honor de los dos y fue elegido diputado en catorce provincias, y senador en dos. Es una cosa bien interesante como ejemplo ver qué partido era éste. Y Vargas tenía un lenguaje popular hacia el pueblo, aunque Vargas en lo personal era totalmente elitista, pero tenía, eso sí, una preocupación concreta por el pueblo que se reflejaba en sus discursos. No es por casualidad que tuvo tanta fuerza sino porque expresó una cosa real, y propuso un cambio, pero era presidente de los dos partidos. ¿Qué partidos son éstos en esas condiciones? Es muy discutible que se tratara de partidos tradicionales, pero ahora es cuando nos enfrentamos a una situación nueva de partidos. ¿Qué es lo que se hace? Se intenta crear partidos reales, entendiéndose por éstos los partidos de militancia, los partidos que tienen una posición ideológica. A mi modo de ver esto es el resultado de un largo fracaso, y no lo digo como quien critica desde afuera, yo soy vicepresidente de un partido y conozco por tanto los entretelones. Los actuales partidos no son partidos de corte clásico, pero sí existe en un momento una identidad entre el elector y el partido. Son partidos que fun-

cionan así, en períodos electorales, después ya no; funcionan muy poco, son grupos pequeños que quieren mantener la vitalidad del partido, y claro que el esfuerzo es enorme, pero ninguno es realmente partido en el sentido tradicional. Bueno, en Estados Unidos tampoco; los partidos en Estados Unidos son también comités electorales que agregan intereses muy dispares; no son partidos en el sentido sociológico, porque para una ideología sociológica pensamos otra vez en Europa, y en los partidos ideológicos. Entonces, hay un problema complicado ahí; yo no tengo nada que me permita asegurar que en una formación social del tipo de la brasileña, en el futuro habrá un partido en el sentido ideológico, pero creo que habrá partidos en el sentido de grupos que van a hacer coaliciones, que van a expresar voluntades; uno será más del pueblo, otro más contra el pueblo, pero así será.

A mí me gustaría que fuera posible construir un partido con una cierta visión; creo más bien que van a ser partidos como yo los llamo "ómnibus", donde entran y salen grupos distintos y contradictorios; se hace allí una especie de compromiso extremadamente discutible, que desde el punto de vista de los principios pone a uno realmente muy nervioso; pero así son los partidos "ómnibus". El problema es a veces que dichos partidos son la forma de expresión de ese tipo de sociedad, y si dentro de ellos será posible o no crear ciertos nudos más firmes en los cuales se pueda aclarar una ideología, una utopía, una línea, es una cuestión difícil de resolver, por eso vuelvo a la primera parte de su discusión. En general, la gente de los partidos en mi país sabe mucho del poder, muchísimo, en eso por lo menos a mí me dan lecciones extraordinarias. Pero no se plantea esta gente los problemas que ustedes se plantearon en México pero que no se plantearon en Chile. Lo que planteó aquí el presidente Echeverría es totalmente atípico porque es atípico plantearse una temática intelectual, una posición; ni siquiera sé si esto refleja el promedio del hombre que está en el partido. Yo tengo una experiencia muy directa en esta cuestión: me tocó a mí en el Senado presidir la comisión de programación del MDB (Movimiento Democrático Brasileño). Nos reunimos y yo presidí la reunión por dele-

gación del presidente del partido. Entonces, ahí ciertos senadores, algunos muy conservadores, proponían de todo. A mí me daba miedo porque los señores no querían una revolución. Sin embargo, no saben que ciertas propuestas no se pueden hacer sino en cierto marco más complejo. Por ejemplo, un senador muy conocido y relativamente conservador, en nombre de su provincia propuso la estatización de todas las tierras municipales. Yo me pregunto, ¿pero qué es eso? ¿La calle? La calle pertenece al municipio, si no es la calle es la casa, es el edificio, ¿cómo van a expropiar? Yo estoy de acuerdo pero ¿quiere usted firmar aquí un documento de que vamos a hacer una revolución y que va a tener tales características? Y ése es un ejemplo, hay otros, sobre la cuestión agraria concretamente. Hicimos varias revoluciones agrarias en el papel, varias porque se adhieren a nivel verbal de manera muy avanzada, pero inconsecuentes. O sea, si yo fuera a contestar su pregunta, tendría poca esperanza, pero no creo que eso que yo dije sea todo, es sólo parte de la verdad, es que la función del partido ya no es así.

Uno tiene que saber dónde va, pero la mayoría no lo sabe, y lo que va a reproducir es la ideología promedio, la que leen en la prensa, de ahí la importancia enorme de que las gentes que piensan escriban en la prensa, porque forman la opinión de la gente, no hay otro modo, y más todavía si uno quiere democratizar realmente la sociedad; si quiere liberar una sociedad hay que tener acceso a la televisión, es otro límite de la sociedad moderna. Yo prefiero que me den un canal de televisión, que un partido. Con un canal de televisión se cambia el país. Claro que eso involucra muchas cosas. ¿Qué será la militancia, qué puede ser en una situación de ese tipo? La vieja concepción de militancia es que es un letrado, que está ahí todo el tiempo con cosas sin importancia, y cada vez se ocupa más de lo que no es importante. Eso no puede funcionar más. Yo creo que hay que cambiar mucho la idea de qué es lo que significa "militar" en política. Y significa también que los partidos tienen que modernizar su lenguaje enormemente.

La televisión es un instrumento mágico y peligrosísimo, porque liquida todo lo que fuera política tipo mitin. La televi-

sión es un instrumento frío de comunicación, hay que tener o bien un cierto estímulo de argumentación o una cierta presencia, sin argumentación a veces, porque es simbólica la cosa. Y los partidos no están aptos para la televisión. Muchos líderes políticos en la televisión son un desastre, no son capaces de actuar con éxito frente a ella. Puede parecer que son cosas de menor importancia. Pero no, porque el pueblo va a informarse por la televisión. Entonces, yo en ese sentido creo que habría que cambiar muy profundamente la concepción de la política de los partidos y todo lo demás, pero eso implicaría un análisis muy profundo, y una recta práctica de cómo hacer eso, y no es fácil, ni siquiera sé si hay alguna teoría para eso.

SERGIO ZERMEÑO

Quisiera entrar un poco en esa discusión del populismo que me pareció tomó una solución demasiado rápida al final. Lo que usted dijo es que una cosa es el populismo, es decir, la movilización en términos de masas, y otra la democratización de las formas. Y yo creo que ahí habría que repensar e ir al fondo de la cosa. Me parece que como nos presenta Luis Echeverría esta relación con los universitarios, etc., visto así es una relación más o menos personal y directa, pero siempre recordemos que todas estas formas de relación directa no tienen que ver en el fondo más que con una relación de masas de Estado. O sea, al final de cuentas esto se va ampliando y termina siendo una relación, digamos, popular, y en el caso mexicano necesariamente popular y nacional, quiero decir, lo de Sonora, lo de Yucatán, las zonas áridas, etc., todas estas cuestiones, los canales abiertos directos desde las clases medias, movimiento estudiantil al Estado, que se dieron bajo el régimen de Echeverría, etc., son formas tal vez no populistas (ya que ahora se ha confundido populista con cardenista), sino popular nacional, que es la expresión latinoamericana de lo popular y nacional (que en el fondo es el llamado populismo). La verdad es que no hay una forma de deslindamiento tan fácil entre estas dos cosas, sino que en el fondo se trata del

mismo fenómeno. Ahora bien, yo pienso que frente a esta forma de ligazón del Estado, que implica un Estado fuerte, porque todas las formas de ampliación de las bases del Estado son ampliaciones de su poder, hay reacciones aunque de distinto tipo; reacciones como fue la del 68, digamos de clases medias que tratan de verse mejor representadas porque van en contra de un Estado más o menos autoritario, o bastante autoritario en ese momento, etcétera.

Hay reacciones también de parte del capital extranjero, que necesariamente son las que en este momento se están moviendo, y empresarios que terminan, pues, ligándose con estos sectores medios. Quiero decir, que hay una lógica popular y nacional por un lado, que al mismo tiempo es una lógica que lleva hacia el Estado fuerte, y hay una lógica fuera de esta pirámide popular y nacional que es la lógica —por decirlo así— clasista, democratizante, en el sentido sencillo de que busca expresarse desde la base, y hacer regresar a las capas sociales el poder concentrado, las parcelas de poder concentrado en el Estado, que es nuestra tradición histórica. Creo que en esta contradicción: lógica democrático-clasista, y lógica popular y nacional, se está debatiendo en este momento el problema del populismo; la crítica del populismo y la no crítica del populismo. Pero me parece que es imposible en este país renunciar al tesoro de masas, que es la base del Estado y que por ahí podría plantearse más bien el problema del populismo como se está presentando actualmente, o sea, una crítica de los sectores medios, empresarial, capital extranjero, etc., tratando de amalgamar todo esto contra una pirámide popular y contra la herencia popular y nacional, o sea, en el centro de esto está nuestra discusión y debe separarse simplemente la imagen de relación personal de la imagen populista; es una aclaración muy rápida que yo quería hacer.

LUIS ECHEVERRÍA

Les digo que en la situación pasada se rompieron formas bastante modestamente; sin embargo, hubo muchos intereses que

se ofendieron simplemente por la ruptura de formas para tener una mayor conexión con grupos sociales que tenían que pasar por una escalera de trámites y de gestiones para llegar aquí, en nuestro régimen presidencialista, al presidente de la República. Lo más importante no es eso, lo más importante es pensar en toda Latinoamérica y definir si en regímenes dictatoriales —no es el caso de México, insisto— militaristas, como los del Cono Sur, como algunos de Centroamérica, el líder político, cuando no hay constituidos partidos políticos, que logra tener una conexión con las bases populares y guiarlas hacia metas políticas aunque sea de inquietud o de agitación, no hace un populismo saludable. Si no es un fermento revolucionario productivo el populismo en regímenes tiránicos. Yo creo que si en este momento en Chile salieran las masas a la calle con cualquier bandera, con uno o dos líderes carismáticos, aunque fueran sacrificados, habría un fermento positivo hacia el encauzamiento de partidos políticos en un régimen democrático. Por eso se ha hablado en México como usted alude peyorativamente, del populismo. Porque a alguien se le ocurrió un año después de terminar el gobierno pasado; se pudieron haber dicho cosas peores. Pero se les ocurrió decir populismo porque es de mucho pegue popular también, para decirlo con sencillez. Entonces, técnicamente es lo que usted dice, pero yo les digo políticamente, pensando en algunos países hermanos nuestros, si no es saludable, si no es prerrevolucionario, si no es un buen fermento para cambios sociales profundos, un populismo que remueve la indiferencia, la despolitización que Cardoso decía acerca de las masas. Lo que él ha dicho yo lo vi en Brasil: gente que milita en cuestiones cívicas, en muchas actividades económicas importantes, despolitizados porque después del golpe de 1974 vino un fenómeno de despolitización y la gente vive con una gran simpatía, con una gran vitalidad, con una gran actividad mental, pero al margen de muchas corrientes políticas que en muchos otros países simplemente se comparten. ¿No es así Cardoso? Entonces, yo digo, el populismo es una cosa positiva como fenómeno prerrevolucionario cuando es necesario entre dictaduras. O puede ser muy útil en cierto grado, como

yo intenté hacerlo, para romper estructuras burocráticas, políticas, que estaban muy anquilosadas, a fin de buscar un contacto directo y una fuente de creación en la gente misma para hacer cosas.

JORGE SERRANO

Creo que en este contexto de lo que se acaba de observar sobre el populismo, la pregunta que quisiera hacer puede ubicarse bastante cercana y centradamente. Quisiera volver, partir volviendo a la idea de la utopía realista que ha sido uno de los temas importantes que se han estado debatiendo recurrentemente en el curso de este debate. Creo que la importancia es obvia, dado que nosotros mismos con la experiencia de las décadas del desarrollo y de esta nueva década que se inicia, es claro, pues, que tenemos que buscar esas formas o vías, modelos, etc., nuevos hacia un desarrollo diferente. Bien, en este contexto, Cardoso nos plantea como uno de los pilares centrales el problema de estrechar las relaciones entre las clases obreras y las clases medias para tener mayor acceso y mayor control de las grandes oficinas donde efectivamente se están tomando las decisiones importantes de la sociedad. Sean los buró del Estado o los de las grandes empresas.

Bien, entonces, refiriéndome a este punto de la necesidad de estrechar la relación entre estas clases, quisiera solicitar a Cardoso algún comentario que amplie un poco cómo ve él la incidencia de los factores culturales en el poder dinamizar esta relación entre las clases que él mencionaba. Y aquí es donde yo creo que habría una relación clara al problema del populismo entendido en el sentido positivo. Quizá todavía una reflexión más en particular, también le solicitaría que se refiriera al factor cultural concreto que es la educación.

Esto lo digo porque recuerdo que en otro contexto, Brasil nos ofreció posibilidades de sumo interés en la renovación de sistemas educativos a través de Pablo Freire y toda su influencia, etc. No quiero decir que es necesario volver a una situación de espectacularidad, por así llamarle, al estilo Freire,

pero creo que tendrán experiencias nuevas, y reflexiones importantes en este tipo de líneas que serían útiles de reflexionar. Nosotros también, precisamente en esta búsqueda de un desarrollo diferente, pasamos por valores populares, por valores que estrechen esas posibilidades de acción y de control de las clases bajas y medias en el nuevo modelo.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

No tengo mucho que decir en esa materia; pero le informo que Pablo Freire en Brasil está haciendo ahora una experiencia interesante, porque está tomando las comunidades de base de la Iglesia y está haciendo una adaptación de su método hacia las realidades que viven estas comunidades, con la utilización de cierto instrumental de educación de masa, que me parece que puede funcionar muy bien. Yo creo que esas son cosas que tienen realmente importancia.

Algunos partidos importantes de Europa, el Partido Socialista, por ejemplo, en Francia, en Chile también en gran medida, han utilizado ampliamente la red de enseñanza secundaria, como base de su ligazón con la sociedad. Porque es obvia la capacidad de influencia que tiene el profesor de secundaria. Es un hecho que en nuestras sociedades el sistema educativo se da al revés. Por la movilidad social muy intensa, y por la búsqueda de cambios, es el niño quien educa al padre. El padre emigrante que va del noroeste al sur con un hijo que va a la escuela, recibe de éste la idea nueva. Y eso se ve muy frecuentemente en la campaña electoral misma, donde realmente el único modo que se tiene para llegar a ciertas capas es por la juventud. Y la escuela es un instrumento enorme, positivo en ese sentido. Entonces yo creo que a ese nivel es muy importante. Por otro lado, la generalización de la enseñanza, de la enseñanza primaria especialmente, que todavía no se ha logrado en Brasil, puede ser utilizada también en forma positiva, pues creo que mientras exista una barrera educacional tan fuerte entre las clases populares y las capas medias, la oposición en esas clases va a ser muy fuerte. Porque a menu-

do no se tiene siquiera el lenguaje para hablar con las clases populares. Yo tengo experiencias directas en la campaña electoral, muy interesantes en ese sentido. Por ejemplo, cómo se habla al obrero, no al obrero libre, no al obrero de los partidos, que es fácil, sino al obrero-masa.

Yo fui muchas veces sistemáticamente a las fábricas, a las puertas de las fábricas con la gente cuando sale del trabajo, a veces a las 3 ó 5 de la mañana, variando, y yo iba con líderes obreros, con uno especialmente. Y la comunicación es mínima. No me refiero sólo a la mía, sino a la de Lula. Yo me acuerdo que un día que estábamos Lula, yo y un señor que después se hizo famoso también, un líder obrero de allá, nos paseamos un día entero en un camión con un altavoz y salieron las masas, era en la puerta de la Volkswagen. Y aquí era una cosa impresionante, porque hay ritmos de intervalo, y a cada 40 minutos sale una oleada de obreros. Y nosotros tres ahí con el altavoz, gritando, no sé cuánto, tratando de decirles lo que les pasaba. Y sólo un grupito muy pequeño son los que se acercan. Porque se asoman a ver a Lula que es el líder del sindicato, presidente del sindicato. Entonces yo miraba aquello un poco sociológicamente también, ¿qué clase de relación se da ahí? Desde luego los que se acercaban nunca tenían una posición de rechazo, nunca hubo eso, al contrario. Pero tampoco daban la impresión siquiera de que escucharan. Y cuando se sale de la Volkswagen y se va a una planta industrial común, una planta de industria química, por ejemplo, entonces uno se da cuenta de que el obrero cuando sale de la línea de producción de cierto tipo de industrias, sale quebrado. Yo me avergonzaba muchas veces al hablar con esta gente. Porque uno ve que el tipo sale de la fábrica un poco como si fuera un autómatas, cansado, mira y encuentra a un grupito de políticos, y de líderes obreros que lo van a molestar con unos papeles. Ellos van a votar quizá por el partido mío, seguramente votarían, pero no tienen en este momento condición de conversar sobre si uno ve claramente lo que es ese tipo de industria. ¿Qué puede querer un obrero así? Salir corriendo, ir a la casa, ponerse su pijama, mirar la televisión y tomar cerveza. Claro, es recuperar su humanidad. No es que la tele-

visión lo vuelva un enajenado, es al revés. Lo que lo vuelve un enajenado es el trabajo, el trabajo alienante de la fábrica.

Por eso con ese tipo de diferencia entre el liderazgo, que es el liderazgo obrero y el liderazgo de la clase media y la masa, es muy difícil soldar cualquier alianza. La alianza es eventual, pasan, votan a lo mejor. Pero no hay alianza posible; vivimos mundos distintos, ahí el apoyo cultural es básico. Cuando se trata de los campesinos yo tengo muy poca experiencia, pero hice alguna investigación hace varios años con un amigo mío. Nos fuimos al campo y tuvimos grandes dificultades para entender lo que decían los señores. Todos hablan portugués, desde luego, no había una diferencia formal de idiomas, pero el de ellos no era el nuestro, y viceversa. No nos entendíamos, no nos entendemos con el pueblo. Entonces está claro que la dominación de clases es de tal manera fuerte y monstruosa que nos ha vuelto a nosotros mismos ajenos a nuestro pueblo. Si uno va al nordeste, va a Bahía, es más difícil; yo que de blanco no tengo mucho, pues me siento ahí un inglés, porque la diferencia es tanta entre unos y otros físicamente. Ellos son débiles, nosotros parecemos ser una raza que domina a otra raza en el mismo pueblo. Entonces hacer política pasa por todo eso. No va a ser fácil, y la cuestión cultural está de por medio.

HERMILO LÓPEZ BASSOLS

Le ruego que me excuse que le dé un giro un tanto ajeno al debate, pero entiendo que ésta ya es la última intervención. Y son dos las razones. Primero, este Centro es fundamentalmente una institución de reflexión sobre los problemas de relación entre los países del Tercer Mundo y las relaciones internacionales entre ellos. Y segundo, por su propio carácter como líder político de su país.

Considero que hay claros indicios de un cambio en la política exterior de Brasil, que van desde quienes hemos estado cerca en los foros internacionales de una democratización del cuerpo exterior del servicio exterior brasileño, que por

muchos años fue denominado elitista, extremadamente rígido, pero a la vez extremadamente capaz y que nosotros creemos que desde el cambio del canciller Acevedo en adelante ha habido un giro en el cuerpo exterior del Brasil, hasta una estrategia en el más alto plano, hasta una nueva estrategia de Brasil con relación a sus países vecinos, con la injerencia económica y política que evidentemente tiene, hasta las relaciones que ha despertado con las naciones recientemente liberadas del África u otras por razones de índole política. Y mi pregunta entonces es: usted, bajo ese carácter de líder político, ¿cuáles piensa que serían las bases de esa nueva política exterior brasileña, fundada quizá en esa posición estratégica reconocida, en esos enormes recursos, por todos sabidos, por ese proceso de democratización que usted ha explicado, y también por el elemento político de la tendencia hacia la derecha del continente en el que vivimos? ¿Cuáles serían las nuevas tendencias, la nueva orientación de la política exterior brasileña, concibiéndola usted como líder político?

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Si yo entiendo la pregunta en un sentido objetivo, o sea, lo que va a pasar en Brasil, no lo que quiero yo, y lo que está pasando en Brasil, yo creo que la estrategia de la política internacional brasileña, está clara, desde antes del período de Acevedo, aunque se configura realmente en el período de Acevedo como canciller. Y está clara por estos caminos oscuros por los cuales pasan los militares. Yo me acuerdo de que cuando todavía era presidente el general Da Silva, un señor muy oscurantista, se produjo un cambio a nivel de discurso oficial del gobierno, y como tengo ahí algunos parientes, le pregunté a uno especialmente qué pasaba con esa cuestión. Y él me explicó algunas cosas y me hizo leer ciertos discursos. Noté que en una provincia que está en el norte de Brasil, el Presidente hizo un discurso sobre la cosa internacional en una de sus giras, que parecía que no tenía nada que ver, es decir, ya se estaban

dando algunas señales de estos cambios. ¿Por qué? Bueno, me voy a permitir apuntar que yo creo que finalmente se dieron cuenta los militares de que el mundo iba más allá de la guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética. De que Brasil ya no debía ser el aliado incondicional de Estados Unidos y de que no necesariamente lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para el Brasil. Como lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos. Después se percataron de que no habría guerra y se percataron de los problemas de China, si bien les costó mucho entenderlos. Cuando China hizo explotar su bomba atómica, eso para ellos tuvo un significado geopolítico enorme. Yo no entiendo el asunto, pero ahí les pareció todo muy claro; después de la bomba atómica en China, les pareció que había que cambiar la situación en Brasil. ¿En qué sentido? En el sentido de que si no va a haber guerra, pues no tienen que predominar los intereses nacionales estadounidenses. Seguimos en el mismo campo, pero ya no somos incondicionales. Y a raíz de eso ya se mantuvo muy claramente la política de no firmar al tratado atómico y de oposición directa a Estados Unidos. Luego se denunció el tratado militar brasileño-estadounidense, el cual fue la base de toda la transformación reaccionaria desde 1950-1952, más precisamente, cuando empezó la derechización del mismo ejército.

Luego, en toda Latinoamérica se decía que Brasil iba a desempeñar el papel de subimperialista, proposición contra la cual yo siempre he estado, que me pareció una cosa muy fácil de formularse y que solamente tenía apoyo en la ultraderecha y la ultraderecha, con sus visiones románticas por parte de los dos. Yo me decidí a negar esa interpretación por toda la región, porque entonces yo viajaba y sigo viajando bastante por toda Latinoamérica, y era una tragedia porque si yo decía que no, parecía que quería respaldar al gobierno militar. Y la verdad es que dije que no, porque no era verdad; no había tal política, porque la política era otra; la gente no se daba cuenta de que la política era otra. ¿Cuál es la otra política? Nunca fue la del Tercer Mundo. La idea es un poco de estilo, puede hacer una estrategia a nivel internacional, y jugar entre el Ter-

cer y Primer Mundo. Ésa fue la estrategia. Cómo obtener un espacio más amplio, con acuerdos múltiples con Japón, Alemania, y luego diversificar un poco el vínculo económico con Suecia, en fin. Hacer una multidependencia para escapar un poco de la presión de un solo lado, y jugar una política lineal amplia. Y con graves errores de perspectiva, porque se equivocaron mucho en lo del petróleo, que era una debilidad esencial para el país.

Y ahora con la cuestión del petróleo han buscado hacer una política, no tanto en el sentido de aprovechar lo que existe todavía en el país, ni de preocuparse con las diversificaciones de los abastos, sino una política de vinculación con Irán e Iraq, especialmente con Iraq, que es una zona realmente difícil en la que confiar por su alta propensión al conflicto. Así Brasil quedó virtualmente vinculado a la región, el Medio Oriente, una de las regiones más calientes del mundo, porque depende del petróleo que viene de allí, pero eso condicionó muchas posiciones brasileñas a nivel internacional; condicionó el voto sobre Israel, por ejemplo, que se convirtió en un voto en contra del interés estadounidense.

Poco a poco Brasil, en función de esta visión más amplia, tiene que jugar a varios niveles, tiene que multiplicar sus relaciones con Japón, con Europa, con Estados Unidos, y no asumir la posición de país líder del Tercer Mundo (ni siquiera buscar ser el último del Primer Mundo); busca un camino intermedio: intenta hacer acuerdos con Alemania sobre la cuestión atómica, para buscar allí un apoyo. El juego de una potencia intermedia es muy complejo, pero poco a poco, por previsión de las circunstancias, ese mundo se fue estrechando. Las necesidades brasileñas de petróleo, la urgencia de colocar sus exportaciones y el cierre relativo del mercado estadounidense, obligó al diseño de una estrategia en Brasil, enmarcada mucho más en la política del Tercer Mundo que en la del Primer Mundo. Y en eso estamos; en África, rechazando incluso la relación con África del Sur. Con el resto de la región, porque Portugal cambió, Brasil se vuelve progresista. Envía a sus embajadores más abiertos a África, reconoce al gobierno de Angola antes que cualquier otro gobierno occidental, e in-

tenta hacer en Mozambique, con dificultad porque los mozambiqueños no quieren, una política muy abierta, lo mismo que en Oriente Medio, llegando inclusive a Argelia. Se empieza así a conformar un cuadro de relaciones económicas y culturales con África portuguesa, otra vez de raíces económicas, que hace que Brasil tenga que moverse en el mundo internacional más cercano al Tercer Mundo, siempre con una cierta ambición de crear una especie de mundo "dos y medio".

Yo alguna vez escribí sobre eso, en la época de mucha censura todavía en Brasil, y aunque no sé mucho de política internacional, tenía ciertas intuiciones sobre el país y el mundo. Fue la única vez desde que regresé a Brasil que un alto funcionario me ha buscado. Me buscó para decir que yo tenía razón, porque le pareció que yo estaba apoyando, que estaba describiendo cómo debería ser la política. Ellos en verdad buscaban hacer una política externa del "dos y medio". Pero les ha ido mal, no resultó y la situación los obligó a replegarse hacia una política del Tercer Mundo. Acevedo tiene eso claro. Fue embajador en Argentina, conoce bien Latinoamérica y desconfía de Estados Unidos, tanto es así que está de castigo como embajador en Estados Unidos. Pero su visión del mundo, su recelo frente a ese país lo ayudó a plantear una política de alejamiento. Él cree que Brasil tiene que desempeñar un papel de líder del Tercer Mundo, y el Ministro que lo reemplaza hace lo mismo, aunque sin tanto ruido: la política es ésa. Yo creo que por circunstancias muy objetivas se va a mantener. Hay incluso posibilidad de que se fortalezca, pues si el mundo va por el lado que estamos viendo que va, los choques con Estados Unidos van a ser grandes. Entonces hay que buscar un poco de apoyo. Brasil tenía muchas preocupaciones latinoamericanas; la principal era con Argentina. Eso se ha arreglado a nivel militar. Con los otros países de Latinoamérica no hay problema, no hay conflicto grave en este momento. Brasil tiene hoy, sin embargo, una preocupación con México, pero en el sentido positivo, en el sentido de acercamiento. ¿Por qué? Por la misma razón que siente que aquí van a tener también una situación de presión estadounidense y los militares

brasileños creen que será útil una cierta relación. Yo creo que la situación es ésa.

Finalmente, una cosa que no quería dejar desapercibida, mientras Allende fue Presidente, no se hizo la política de aislamiento de Chile. Cuando Allende era Presidente y yo visitaba Chile, nunca me molestaba la policía ni mucho menos, porque las cosas con él no las veían ya del modo que las podrían ver antes, ya habían cambiado. Desde luego debe haber ciertas fuerzas y fuentes que ayudaran al golpe, pero eso es otra cosa. La política oficial no fue aumentar la presión externa en contra de Chile, porque en Latinoamérica la política brasileña tiene una cierta lógica que es la de enfrentarse a Estados Unidos. Si de pronto las relaciones de la Unión Soviética y Estados Unidos se vuelven duras otra vez, todo eso cambia. Brasil se alinea con Estados Unidos. Si hubiera una situación de guerra otra vez, o que los militares se imaginan de guerra, todo toma otro contexto, pero si no, yo creo que van a llevar este tipo de política.



BIBLIOTECA

86623

Serie CEESTEM-Nueva Imagen

Patricia Arriaga

Publicidad, economía y comunicación masiva
Estados Unidos y México

Mario Arrieta

Obstáculos para un Nuevo Orden Informativo Internacional

Ervin Laszlo y otros

Obstáculos para el Nuevo Orden Económico Internacional

José Baldivia y otros

La formación de los periodistas en América Latina
México, Chile y Costa Rica

Zidane Zéroui

El mundo árabe: imperialismo y nacionalismo

Hilda Varela

África: crisis del poder político
Dictaduras y procesos populares

Rosario Green

Estado y banca transnacional en México

Gregorio Selser

Apuntes sobre Nicaragua

Solimano y Taylor

Política y alimentos en América Latina

Lozoya y Bhattacharya

Finanzas y Nuevo Orden Económico Internacional

Eugenio Anguiano Roch (compilador)

Cooperación económica internacional: diálogo o confrontación



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la [Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad \(CPS\). Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano](#), que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

PLACTED abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar